

Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular

Carlos Sanz Mínguez
Universidad de Valladolid

Los coordinadores de este seminario, Fernando Quesada y Pierre Moret*, nos encargaron la elaboración de un trabajo que versara sobre las panoplias celtibéricas y sus diferencias geográficas, tema de cierta ambigüedad según el grado de precisión que desde una perspectiva cultural o cronológica deseemos conferir al término «celtibérico», decantándonos en su momento por una acepción lo más amplia y genérica posible, tanto temporal —los siglos VI-II a. de C., según rezaba el título del seminario, e incluso añadiríamos hasta el cambio de era—, como geográfica, que abarcara *grosso modo* la Submeseta norte peninsular, con las lógicas extensiones a algunos sectores como el alto Tajo, alto Ebro o área extremeña. De esta forma, nos referimos en su día a los tres grandes círculos culturales que el estudio de la panoplia y de otros elementos asociados permite definir en tan vasto territorio: la Meseta oriental o área celtibérica *sensu stricto*, el Duero medio o ámbito vacceo, con intensas conexiones con el alto Ebro - alto Pisuerga, y el foco suroccidental vettón (fig. 1A, p. 90), al tiempo que reconocíamos la negación de un registro suficientemente expresivo para reconstruir las panoplias en el sector más occidental, coincidente sobre todo con el territorio astur.

En lo que hace a la panoplia oriental, nuestra subsidiaridad, por un lado, de las investigaciones de Encarnación Cabré y de Alberto Lorrio; y el hecho, por otro, de que este último autor dedique atención específica a la misma en este volumen, aconsejan que centremos la atención ahora exclusivamente en las otras dos grandes áreas culturales.

Sin embargo, antes de entrar en el análisis de los caracteres específicos de las panoplias de ambas zonas y de su evolución en el tiempo, se hace necesario plantear ciertas limitaciones de partida. Tal vez la más importante de ellas radique en que el estudio del armamento prerromano sienta sus bases, de manera

* Agradecemos a ambos su amable invitación, así como a Patrice Cressier, director de Estudios de la Antigüedad de la Casa de Velázquez en Madrid.

muy acusada, en el registro funerario, ya que son los contextos cementeriales los que han proporcionado la mayoría de estas evidencias, circunstancia que, junto a innegables ventajas, introduce factores perturbadores en la información. ¿Cuáles son éstos?

En primer lugar, la costumbre funeraria ejerce un «filtro» innegable en el registro, como ha destacado con insistencia la «corriente simbólica» de la arqueología británica. Herbert Lorenz indicaba¹ en este sentido, para las sepulturas de La Tène antigua en Europa occidental, la imposibilidad de reconstruir el armamento sin el concurso complementario de otros contextos —depósitos, hábitats— o de fuentes iconográficas y literarias, señalando, por ejemplo, la ausencia de determinados tipos de espadas o puñales con empuñadura antropomorfa en los cementerios de dicha zona, que sin embargo sí concurren en otro tipo de ambientes.

Los ejemplos que cabría aducir para la Submeseta norte bajo esta perspectiva son varios. Así, el empobrecimiento y la negación de armas en los ajuares, a partir de la que Lorrio define como subfase IIB en un sector importante de las necrópolis del alto Tajo - alto Jalón, podría explicarse también por modificaciones en las costumbres funerarias, tal vez en relación con cambios en la estructura social, como propusiera en 1990 M. L. Ruiz-Gálvez². De igual forma, la rarificación observada para las espadas en la fase III de Lorrio, determinadas ausencias de arreos de caballo en la subfase IIB (necrópolis de Arcóbriga) del alto Tajo - alto Jalón³, o la negación también de estos últimos elementos en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, vienen a contradecir en mayor o menor medida la información proporcionada por las fuentes clásicas e iconográficas, lo que resulta expresivo de dicho filtro funerario.

Un segundo aspecto a tener en cuenta es que los elementos de panoplia constituyen ajuar personal, frente a las cerámicas, viandas, etc., que representan las ofrendas o dádivas del cortejo fúnebre. Tal condición supuso que aquellos se vieran sometidos habitualmente al ritual crematorio, lo que se ha traducido, sobre todo en el caso de armas complejas como por ejemplo los escudos, espadas o puñales, en la pérdida de parte sustancial de las mismas, en cuyo proceso de disgregación también pudo intervenir una recogida incompleta en los *ustrina*.

Tampoco debe olvidarse el posible desfase entre el período de vigencia de un determinado elemento de panoplia y el de su amortización en la tumba, máxime si consideramos que muchos de estos objetos tuvieron un valor simbólico añadido, problema agravado por la escasez de referencias cronológicas absolutas que proporcionan los cementerios del interior peninsular —la ausencia de materiales importados, tan habituales sin embargo en el ámbito ibérico—

Otro escollo importante es el hecho de la formación del registro funerario. En efecto, buena parte de la información de que disponemos para el estudio

¹ H. LORENZ, «Associations d'armes».

² M. L. RUIZ-GÁLVEZ, «Propuesta».

³ A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», pp. 229 y 238.

del armamento es el resultado de una febril actividad excavadora desarrollada en las primeras décadas del siglo xx. Las consecuencias pueden calificarse en gran medida de funestas, ya que aquella actividad nos ha proporcionado una ingente cantidad de materiales, pero, por contra, hemos perdido un porcentaje muy elevado de referencias contextuales. Los estudios de Álvarez Sanchis⁴ referidos a la Meseta oriental resultan bien ilustrativos de la realidad a la que nos enfrentamos: baste señalar, que en las primeras décadas del siglo xx se obtuvieron el 90% de tumbas en dicho territorio (sólo en Aguilar de Anguita unas 5.000 tumbas), o que, de un total de 45 necrópolis, tan sólo 19 ofrecen datos del número de tumbas extraídas, y sólo 13 de éstas poseen conjuntos cerrados susceptibles de estudios fiables. La situación mejora ligeramente en el sector occidental vettón, si bien aquí las excavaciones de Juan Cabré en lugares tan emblemáticos como Las Cogotas o La Osera no dejan de ser igualmente parcas en los resultados, sobre todo en el caso de la segunda necrópolis, de la que sólo se publicó la zona VI, realizándose en la actualidad, no sin notables dificultades, la revisión de las restantes zonas⁵.

El estudio de las panoplias por sectores geográficos choca también con la desproporción de datos existentes en función del número de cementerios conocidos y de la intensidad con que hayan sido excavados. En este sentido, la información más sólida, pese al problema previamente señalado, procede de la Meseta oriental, máxime cuando se considera esta zona responsable de la «celtiberización» o «celtización», según se prefiera, del resto de la Meseta, y es en ella en la única que puede observarse con claridad el horizonte formativo de las panoplias celtibéricas. Para los sectores occidental vettón y central vacceo, a un número comparativamente menor de necrópolis conocidas con respecto al alto Duero - alto Tajo (fig. 1A), debe añadirse el hecho de que el momento inicial de las mismas arranca del final del siglo v a. de C., siendo sobre todo a partir del iv a. de C. cuando el registro adquiere mayor relevancia. El menor número de cementerios no se compensa con un mayor cúmulo de información, salvo en el caso de Las Cogotas y La Osera. En el Duero medio las necrópolis de las dos Pallantia: una de cronología baja y expoliada hasta el punto de conocerse exclusivamente un conjunto cerrado⁶, otra virtualmente inédita, al margen de escasas referencias puntuales⁷, apenas proporcionan información; además, la de Cuéllar⁸, a un número muy limitado de tumbas añade la práctica incomparecencia de armamento. El grupo del alto Ebro presenta similares limitaciones: cementerios excavados de antiguo, falta de fiabilidad en asociaciones (Villamorón, Miraveche, Monte Bernorio); otros, más recientemente detectados, inéditos (Ubierna, Villanueva de Teba, La Hoya, Carasta). Finalmente, un sec-

⁴ J. R. ÁLVAREZ SANCHIS, «La formación del registro».

⁵ En un primer avance sobre el estudio de la zona II de La Osera, se nos indica que de las 177 sepulturas localizadas en su día, únicamente para 70 de ellas ha sido posible reconstruir las asociaciones, y no siempre al completo (I. BAQUEDANO BELTRÁN, «Elementos», p. 279).

⁶ M. AMO DE LA HERA del, «Una tumba».

⁷ R. MARTÍN VALLS, «Prehistoria palentina».

⁸ A. MOLINERO PÉREZ, «Una necrópolis del hierro».

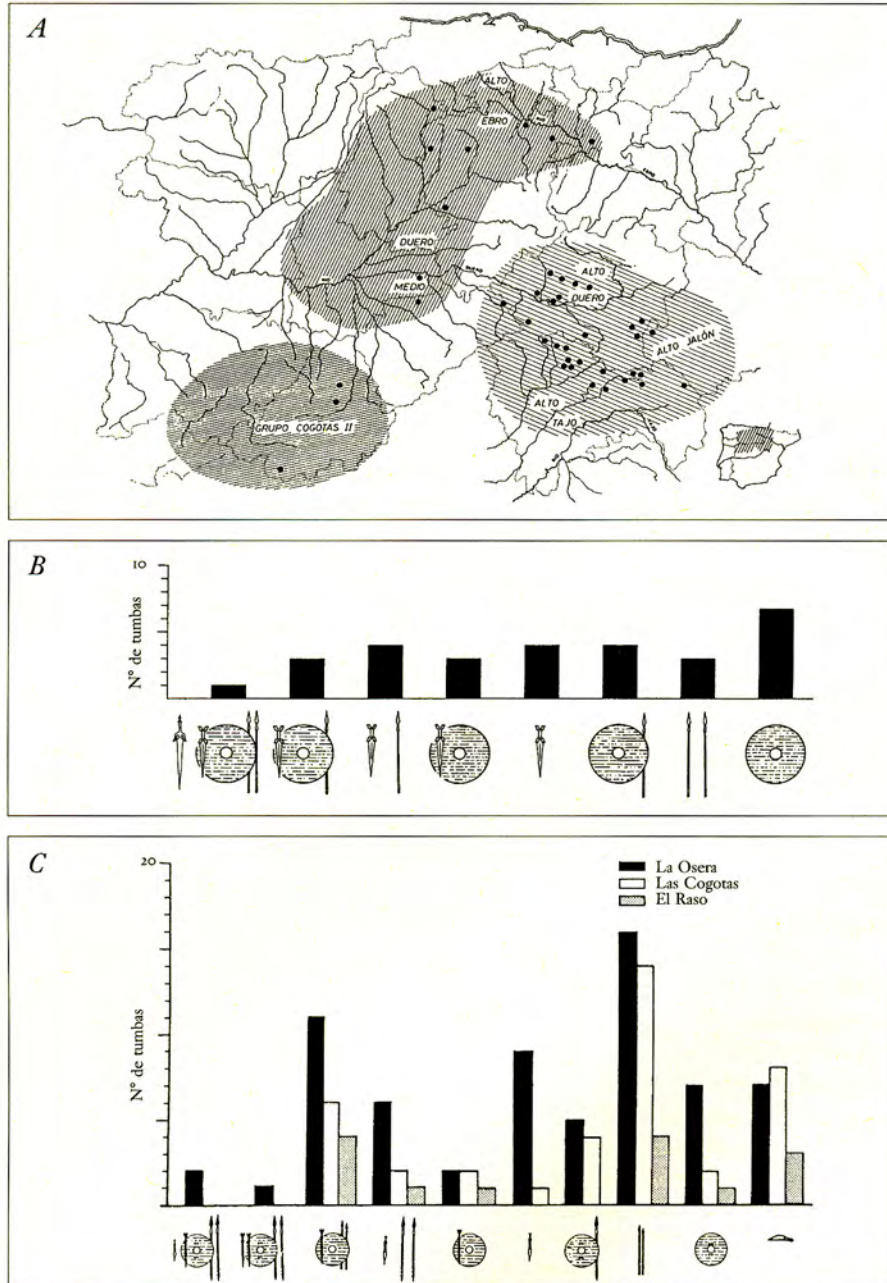


FIG. 1. — A. Principales áreas culturales de la Submeseta Norte peninsular que han proporcionado diverso tipo de armamento; los puntos representan los cementerios más relevantes; B. Combinaciones de armas en el cementerio vacceo de Las Ruedas; C. Combinaciones de armas en las necrópolis vettonas (según G. RUIZ-ZAPATERO y A. LORRIO ALVARADO, «La muerte»).

tor importante de la Meseta, su zona más occidental, no ha proporcionado ninguna información sobre los contextos funerarios, por lo que los recursos para el estudio de la panoplia resultan aquí extremadamente limitados.

Para terminar, no se nos oculta que el estudio del armamento puede y debe hacerse desde una doble perspectiva: analizando individualmente la secuencia y dispersión de las tipologías que concurren en cada área, lo que nos aportará fundamentalmente la dinámica de las relaciones entre las mismas; y valorando las asociaciones que dichos tipos muestran en los conjuntos funerarios, a fin de poder reconstruir las diferentes categorías sociales dentro del estatus guerrero y contrastar posibles variaciones de comportamiento también en el tiempo y en el espacio. Con todo, es evidente que esta última línea de indagación ofrece una información todavía limitada y de carácter genérico —importancia de las armas de asta, excepcionalidad de las panoplias completas integradas por espada, puñal, escudo y armas de asta, etc. (fig. 1B y 1C)—, por lo que centraremos nuestra atención en el primer campo señalado.

I. — ÁREA DEL DUERO MEDIO Y ALTO EBRO.

En términos generales podemos decir que esta zona —o zonas, ya que una mayor disponibilidad de datos para el alto Ebro estamos seguros que proporcionaría diferencias significativas con respecto al Duero medio que hoy no es posible más que intuir—, se caracteriza por su escasa permeabilidad a los influjos orientales o suroccidentales, plasmada en una menor riqueza o variedad en los tipos constitutivos de la panoplia, reducida a apenas cuatro o cinco modelos de armas. A ello debemos añadir un registro sensiblemente más moderno, que arranca del final del siglo V o inicios del IV a. de C., con lo que la fase I de Lorrio⁹ para la zona oriental no encuentra aquí representación.

Los datos de que disponemos para ambas subzonas son, pues, limitados con respecto a la Meseta oriental. Por ello, lógicamente, la necrópolis de Las Ruedas, en Padilla de Duero, cuyas excavaciones dirigimos entre 1985-87, capitaliza por el momento la información disponible. Esta resulta aún limitada, ya que hasta el presente tan sólo se han exhumado 66 conjuntos, si bien cabe añadir un cúmulo importante de materiales en posición secundaria, fruto de la destrucción de otras tantas tumbas. De entre aquellas, 29 incluían algún tipo de arma.

La secuencia evolutiva del armamento en esta zona se apoya de forma principal en el ordenamiento espacial que puñales y *caetrae* de tipo Monte Bernorio muestran dentro de la estratigrafía horizontal definida en dicha necrópolis vallisoletana¹⁰, aquilatándose mejor los momentos antiguos que los tardíos, para los cuales el conocimiento de cementerios como el de Palenzuela o Villanueva de Teba, todavía inéditos, constituyen referencias a nuestro juicio imprescindibles.

⁹ A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», pp. 216-221.

¹⁰ C. SANZ MÍNGUEZ, «Rituales funerarios»; ID., «Uso del espacio»; ID., *Los vacceos*.

a) *Espadas.*

El primer horizonte observable en esta zona se corresponde ya con el fenómeno de la incorporación de la espada a los ajuares militares, de forma paralela a como, al menos desde el siglo v a. de C., se había producido en la Meseta oriental (fase II de Lorrio)¹¹.

En cualquier caso, la comparecencia de la espada en el registro arqueológico resulta en verdad limitada, de manera acorde al valor simbólico que la misma desempeñó, al margen de su funcionalidad inmediata, y a su monopolización por un reducido segmento social de rango máximo. El tipo imperante aquí es el denominado de Miraveche (fig. 5A, n° 6, p. 115), una espada corta, de 47 cm de longitud media, con hoja de lengua de carpa, pomo rematado en apéndice cónico o pequeñas antenas y característicos gavilanes curvos guarnecidos con prótomos de verraco, siendo las vainas de material perecedero, a excepción de las cañas de bronce externas y de su espectacular contera, también broncea, profusamente decorada.

Se trata de un modelo de escasa difusión, restringido al alto Ebro - alto Pisuerga y Duero medio, del que apenas conocemos una docena de ejemplares. Su dispersión geográfica se concentra sobre todo en la localidad epónima: seis ejemplares¹², a los que hay que añadir el hallazgo previo de una contera, interpretada inicialmente como báculo o insignia religiosa¹³. Un fragmento de contera calada apareció también en Monte Bernorio¹⁴, y una hoja fragmentada en dos, de la cueva de La Muela en Peña Amaya, interpretada como puñal de tipo Monte Bernorio¹⁵, ha de incluirse necesariamente dentro de la tipología ahora tratada, tanto por su excesiva longitud (54 cm), como por la configuración de la zona de los gavilanes fragmentados. Una pieza más fue hallada superficialmente en la necrópolis de Palenzuela¹⁶. No ha mucho se ha señalado la presencia de otra, inédita e incompleta, en Lara de los Infantes¹⁷, si bien de la misma no existe referencia alguna en el Museo de Burgos¹⁸. Con todo, el

¹¹ A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», pp. 222-223.

¹² W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, láms. 138: 1, 139: 1 y 15, 142: 1, 146: 1 y 2, 151: 1 y 2 y 152: 1.

¹³ J. CABRÉ AGUILÓ, «Una sepultura de guerrero», lám. I. Más recientemente aún (M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES ORTIZ, «Las fíbulas de jinete», p. 97), descartan que este tipo de piezas se corresponda con las conteras de la vaina de dicho modelo de espada, interpretándolas como auténticos *signa equitum*.

¹⁴ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, lám. 163: 47.

¹⁵ J. CABRÉ AGUILÓ, «Tipología del puñal», 232, fig. 2.2.

¹⁶ L. CASTRO GARCÍA, *La necrópolis de Pallantia*, láms. XVII.60 y XXII.

¹⁷ M. E. CABRÉ DE MORÁN y M. I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La guerra y el armamento», p. 63.

¹⁸ Las escasas referencias a la necrópolis de Lara de los Infantes proceden de un sucinto y confuso trabajo de J. L. MONTEVERDE («Los castros», pp. 194-199), donde se señala la presencia de cuatro tumbas en hoyo —A, B, C y D— constituidas por ajuares de bronce, así como otra más con estructura tumular que arrojó un lote de armas de hierro a base de cuchillos, espadas y lanzas (?), considerada más moderna que aquellas, cuya cronología se centra en el siglo v a. de C. A destacar que entre los materiales de aquellas tumbas aparecieron lo que parecen dos conteras de vaina, según W. SCHÜLE (*Die Meseta Kulturen*, lám. 154, 8 y 9) de hierro, que tal vez pudieran estar en relación con el arma miravechiana señalada para este yacimiento.

único ejemplar beneficiario de un contexto preciso es el recuperado en nuestros trabajos de excavación, dentro de la tumba 28 de la necrópolis vaccea de Las Ruedas.

La cronología del modelo miravechiano, en función de los estrechos paralelos que observa con las espadas de ricassos de Can Canyis (Banyeres, Tarragona) o con los puñales tipo Coubeira gallegos, había sido centrada en el siglo VI a. de C.¹⁹. Sin embargo, la necesidad de modernizar esta datación ante los hallazgos posteriores parece obligada. Así, Martín Valls²⁰ plantea la cuarta centuria para el ejemplar descontextualizado de Palenzuela, sin descartar una fecha inicial ligeramente anterior. El siglo V a. de C. es precisamente la datación propuesta para la incierta pieza de Peña Amaya²¹. La tumba 31 de Miraveche, uno de los pocos conjuntos de la necrópolis burebana que parecen presentar menos problemas de asociaciones, ha sido datada en el siglo IV a. de C.²². El ejemplar de la tumba 28 de Las Ruedas remite, por su parte, a un momento indeterminado de la segunda mitad del siglo IV a. de C.²³; no obstante, la condición sexagenaria de su propietario y la presencia de reparaciones en la zona de los gavilanes, unida a su emblemático papel cara a simbolizar la alta jerarquía del mismo, parece que aconsejarían centrar su uso durante la cuarta centuria como límite más moderno. En este sentido, la ausencia del modelo en una necrópolis como la de Villanueva de Teba²⁴, tan rica en ajuares metálicos, parece confirmar que a mediados del siglo III a. de C. —momento inicial del desarrollo de este cementerio— la espada habría dejado de fabricarse ya hacía un tiempo, dato que se confirma recientemente también en la necrópolis de La Hoya, con un elevado número de puñales y sin embargo carente en absoluto de espadas²⁵, y cuyo horizonte cronológico creemos podría llevarse sin dificultad al siglo III a. de C.

La aparente mayor antigüedad de la tumba 31 de Miraveche con respecto a la 28 de Padilla de Duero, permitiría plantear incluso cierta línea evolutiva. Así, con las debidas precauciones y provisionalidad que el limitado repertorio aconsejan, podríamos apuntar que la empuñadura, de estar conformada por una ancha lengüeta sobre la que irían superpuestas sendas cachas óseas sujetas con

¹⁹ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, p. 107, tabla tipocronológica.

²⁰ R. MARTÍN VALLS, «Segunda Edad del Hierro», p. 114.

²¹ M. E. CABRÉ DE MORÁN y M. I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La guerra y el armamento», p. 63.

²² R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución», p. 262. Probablemente, matizaríamos, en su primera mitad, en función de su asociación a un puñal de tipo Monte Bernorio, de la fase de desarrollo-1, y a varias fibulas, entre ellas una de doble resorte de puente en cruz (A. CAMPANO LORENZO y C. SANZ MÍNGUEZ, «Fibulas»; C. SANZ MÍNGUEZ *et alii*, «Tres piezas») y otra anular hispánica de cabecera remachada (C. SANZ MÍNGUEZ, «Fibulas anulares»; *Id.*, *Los vacceos*).

²³ C. SANZ MÍNGUEZ, «Uso del espacio», pp. 379-386.

²⁴ J. D. SACRISTÁN DE LAMA e I. RUIZ VÉLEZ, «La Edad del Hierro», p. 198.

²⁵ I. FILLOY ZUBILLAGA y E. GIL NIEVA, «Las armas» Agradecemos sinceramente a nuestros compañeros Idoia Filloy y Eliseo Gil el habernos proporcionado este trabajo aún inédito sobre el armamento de la necrópolis de La Hoya.

remaches y en la que el apéndice cónico superior le sería solidario, pasaría a estar constituida, en momentos más avanzados, por un estrecho espigo de remate cónico broncíneo ensamblado; de igual forma, para la contera broncínea cabría proponer un camino —tal vez iniciado en las referidas piezas de Lara de los Infantes— de progresiva barroquización, tanto estructural como decorativa, de tal forma que los remates en abanico simples antecederían a los que presentan calados y elementos bitroncocónicos y zoomorfos exentos.

Las alternativas al modelo de espada miravechiano, para este amplio territorio del Duero medio y alto Ebro, son mínimas y descontextualizadas. Un ejemplar de antenas en Sasamón²⁶, otro inédito recuperado en Bocigas²⁷, y un tercero de tipo Alcácer do Sal —más propiamente un puñal— en Coca²⁸, constituyen las únicas referencias. En el poblado de La Hoya parece documentarse también alguna larga espada laténica²⁹.

b) Puñales.

Los puñales, por su parte, resultan ser mucho más abundantes, estando representados sobre todo por el tipo Monte Bernorio (fig. 5B, nº 9, p. 116), al principio de forma exclusiva, luego compartiendo espacio con la familia biglobular, para al final acabar imponiéndose ésta. Se trata de un arma corta de fuerte implantación en el territorio que, a diferencia de las espadas, alcanzará las áreas arévaca, vettona e incluso astur y extremeña.

La valoración inicial de este modelo se debe a J. Cabré³⁰. No obstante, a partir de los ochenta y principios de los noventa, la obtención de nuevos datos³¹, y en particular los derivados de nuestras excavaciones en el cementerio de Las Ruedas —un total de catorce tumbas cuentan con diversas partes del arma, a las que hay que añadir un amplio elenco de materiales recuperados en posición secundaria³²—, nos animaron a proponer nuevos planteamientos cara al establecimiento de la secuencia evolutiva del puñal³³.

Es bien sabido que el arma bernoriana está constituida por el puñal propiamente dicho, en el cual cabe diferenciar vaina, hoja y empuñadura (dentro de esta última también pomo, puño y guarda), y por el tahalí, que actuaría como broche activo para sujetar aquella. A nuestro juicio, son la zona de la empuñadura, por su mayor complejidad estructural —y no la contera de la vaina como

²⁶ O. GIL FARRÉS, «Armas posthallstáticas».

²⁷ Sabemos de su existencia gracias a la amabilidad de nuestros compañeros Santiago Pardo y Javier Quintana, responsables del Inventario Arqueológico de la provincia de Valladolid.

²⁸ M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Aportación», fig. 2.2.

²⁹ A. LLANOS ORTIZ, «Necrópolis del alto Ebro», fig. 2.

³⁰ J. CABRÉ AGUILÓ, «Una sepultura de guerrero»; ID., «Acrópolis y necrópolis»; ID., «Tipología del puñal»; J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos». El tercero de los trabajos mencionados, pese a excederse en alguno de sus aspectos seriativos (M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Cabré y la arqueología», p. 74), ha constituido el punto de referencia obligado para cualquier estudioso que se interesara sobre el particular.

³¹ C. SANZ MÍNGUEZ, Recensión de, *Los puñales*.

³² ID., «Variantes».

³³ ID., «Metalistería prerromana».

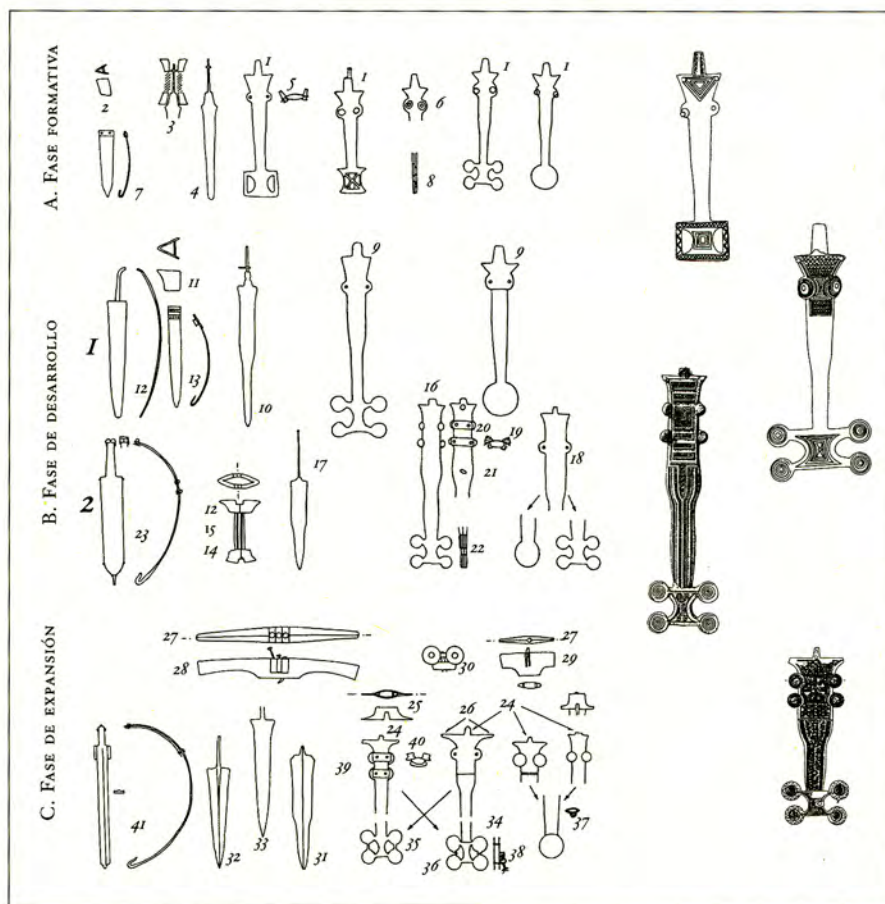


FIG. 2. — Puñal tipo Monte Bernorio: aspectos morfológicos y decorativos.

se venía considerando—, al tiempo que la cambiante estética decorativa desarrollada sobre todo en sus vainas, los aspectos que proporcionan los datos seriativos más interesantes. De esta forma, cabe establecer tres grandes pasos evolutivos (fig. 2, fases A, B y C).

Así pues, parece que desde finales del siglo v a. de C., y con seguridad desde la primera mitad del iv a. de C., el puñal se encontraría en la que hemos denominado «fase formativa», siendo característica de la misma diversos aspectos formales y decorativos. Entre los primeros destacaremos la presencia de cuatro piezas naviformes independientes, montadas dos a dos e invertidas, unidas al espigo de la hoja mediante el empleo de tacos óseos, cuya peculiar conformación de la empuñadura explica otros rasgos típicos, tanto de la hoja como de la embocadura de la vaina, muy particularmente la presencia de una notoria lengüeta trapezoidal; las conteras presentan todo tipo de variedades (circulares, rectangulares, cuadradas y tetralobuladas), a excepción de las de cuatro discos

unidas por barritas laterales. En lo decorativo predominan los motivos geométricos puros (cuadrados, triángulos, círculos, zigzags), realizados en técnica calada o de incisión muy fina, siendo excepcional el empleo del damasquinado, utilizado probablemente en las piezas más modernas del estadio.

El tahalí o broche que acompaña a este puñal es de forma triangular, muy corto y escasamente incurvado, compartiendo iguales presupuestos decorativos.

Este grado de evolución es el que atestiguamos en la fase I de Las Ruedas, en tumbas como la 1, 9, 19, 21³⁴, en los cementerios septentrionales de Ubierna y Miraveche, en los orientales de Alpanseque³⁵, Ucero³⁶ y Carratiermes³⁷, coincidentes con la fase II de Lorrio, desconociéndose, sin embargo, en el foco vettón.

Hoy podemos decir que frente a las trece piezas recuperadas en Padilla de Duero, tan sólo conocemos una en Ubierna, cinco en Miraveche y, curiosamente, ninguna en el yacimiento epónimo, y si los ejemplares del alto Duero son considerados deudores sin reservas de los del Duero medio, parece incluso posible proponer el origen del modelo aquí.

El segundo momento de la evolución del puñal, aún dentro del siglo IV a. de C., se corresponde con la llamada «fase de desarrollo», bien definida tanto a nivel estructural como decorativo. El aspecto más sobresaliente es el alargamiento que experimenta el puñal, pasando de 200 mm de longitud para la vaina a entre 230-240 y 300 mm, así como la paulatina incorporación de un estilo decorativo basado en eses encadenadas, entorchados o lacerías, en cuyo trabajo se incorpora ahora ya la técnica del damasquinado en plata y cobre.

Estas modificaciones en el arma quedan perfectamente delineadas a través de dos momentos, el primero todavía dependiente en algunos aspectos de la fase formativa, el segundo ya más próximo de la que será la fase expansiva del puñal.

Muy sintéticamente diremos que la «fase de desarrollo-1» mantiene similar estructura en pomo y guarda, con cuatro piezas naviformes independientes y una acusada lengüeta trapezoide sobre la hoja y la embocadura de la vaina; la decoración, aunque ya damasquinada, continúa ceñida a los extremos superior e inferior de la vaina y zona de empuñadura, compartiendo los motivos de la fase previa, aunque mostrando también una tímida presencia de eses y trenzados.

En la «fase de desarrollo-2», el pomo sigue montándose con cuatro piezas naviformes independientes, en las cuales se incluye ahora una pestaña central solidaria que repercute en el acortamiento de la lengüeta trapezoidal de la embocadura de la vaina. La decoración damasquinada se extiende a toda la superficie de la vaina, generalizándose los motivos de lacerías, que terminan por suplantar la temática precedente.

³⁴ C. SANZ MÍNGUEZ, *Los vacceos*.

³⁵ Aquí asociado a una espada de frontón de la serie 4^a, M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 211.

³⁶ E. GARCÍA-SOTO, «Tumbas con puñales».

³⁷ C. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, «El armamento de Carratiermes».

Para ambas subfases, los modelos cuadrados y rectangulares de contera desaparecen, permaneciendo los discoidales y los tetralobulados.

Paralelamente, el tahalí experimenta también un mayor desarrollo longitudinal, iniciándose su incurvamiento e incorporando asimismo el trabajo damasquinado.

La incidencia de este tipo resulta ahora mucho mayor en la zona del alto Ebro (34 ejemplares en yacimientos de Monte Bernorio, Miraveche, Villamorón y Sasamón) que en el Duero medio (4 ejemplares en Padilla de Duero), pero la «fase de desarrollo-2» encuentra representación por vez primera en la necrópolis de La Osera (3 ejemplares), no así en la de Las Cogotas. En el alto Duero se desconocen estas variedades.

Tales datos parecen sugerir que dicha transformación hipertrófica del puñal —compartida por otros materiales como las fíbulas o muy especialmente las placas de tipo Bureba³⁸— se produjo en el alto Ebro.

Cara a establecer el marco temporal de ambas subfases contamos con algunos elementos de cronología relativa que permiten ajustar con cierta precisión su vigencia. La escasa distancia entre los puñales de las fases «formativa» y de «desarrollo-1», resulta patente por comparecer ambos modelos junto a fíbulas de doble resorte de puente en cruz —tumbas de Carratiermes y Ucero para la primera fase, y tumba 31 de Miraveche para la segunda—, debiendo corresponder su desarrollo a los comedios del siglo IV a. de C.

Para datar la subfase de «desarrollo-2», son los hallazgos del Duero medio y abulenses, curiosamente ajenos a la que constituye el área natural de implantación del modelo, los únicos que proporcionan algunas referencias de interés. Fue el puñal de la tumba 201 de La Osera, en virtud de su asociación a una espada de La Tène, el que llevó a Cabré a rebajar la datación del arma a los confines del siglo IV o inicios del III a. de C.³⁹ No insistiremos en las asociaciones del ejemplar de la tumba 28 de Padilla de Duero —salido sin lugar a dudas del mismo taller que el señalado con anterioridad, al igual que otro de Monte Bernorio⁴⁰—, que parecen remitir a la segunda mitad del IV a. de C.

Finalmente, es dentro del siglo III a. de C. cuando el puñal bernoriano adquiere su mayor difusión y presencia, apareciendo repartido por toda la geografía meseteña e incluso alcanzando el territorio astur o el área extremeña, lo que justifica que hablemos de su fase de expansión: no en vano el 43% de los hallazgos de este arma se incluyen aquí⁴¹.

Puede decirse que es en este momento cuando el puñal experimenta modificaciones estructurales más sustanciales, encontrándonos con una gran variedad de resultados: pomos y guardas de gran desarrollo transversal —el pomo de la tumba 32 de Las Ruedas alcanza 265 mm!—, otros más cortos, algunos

³⁸ C. SANZ MÍNGUEZ, «Broches».

³⁹ J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos», p. 37.

⁴⁰ B. GRIÑÓ FRONTERA de, *Los puñales*, n.º cat. 101.

⁴¹ Porcentaje que podría verse sensiblemente ampliado de asimilar la mayoría o totalidad de los 37 puñales de La Hoya y el de Carasta a esta fase, como parece probable en función de la constitución de pomos y guardas mediante dos placas transversales remachadas.

rematados en discos por hibridación o contaminación con los modelos de antenas, conteras discoideas y sobre todo tetralobuladas con barritas de unión rectas o en forma de *C*. Estas piezas naviformes tienen como común denominador su confección mediante la unión de dos placas transversales al eje de la pieza, lo que proporciona mayor solidez a la estructura, al tiempo que muestra una pequeña escotadura central para salvar la reducida lengüeta de la emboadura de la vaina.

Sin embargo, el puñal, carente de lengüeta trapezoidal y con diferentes perfiles de hoja, vuelve a las reducidas dimensiones de la fase formativa, ya que los valores en longitud predominantes se sitúan incluso por debajo de los 200 mm para la vaina. Tendencia que no encuentra correspondencia en los tahalíes, con mayor longitud e incurvamiento que en fases precedentes, viéndose articulados en ocasiones por bisagra.

En el terreno decorativo se mantiene e incluso se incrementa el barroquismo alcanzado ya en la fase previa, observándose una mayor riqueza de temas ornamentales. Algunos de los elementos más clásicos, como los círculos concéntricos sobre los discos de las conteras tetralobuladas, se alteran al incluir ahora también zigzags de trazado circular, cruces o rombos escotados inscritos⁴². Nuevas técnicas de decoración vienen asimismo a enriquecer algunos ejemplares: frente a la utilización exclusiva de hilos de cobre o plata en las etapas previas, se producen ahora tanto el aditamento de simples cerquillos de bronce o hierro que se sobreponen en los bordes de los tahalíes —procedimiento tímidamente atestiguado ya en la «fase de desarrollo-2»—, como también el placado bronceo de amplias superficies que ocultan así la estructura de hierro. Tal sucede, por ejemplo, en varios ejemplares de La Osera o Almazán⁴³, La Hoya⁴⁴ o Padilla de Duero (piezas de la tumba 30). No obstante, en dichos revestimientos también llegan a emplearse láminas argéneas repujadas con troquel circular (extremo proximal del tahalí de la tumba 32 o tramo medio del tahalí de la tumba 35, ambos de Las Ruedas), o de electrón como sucede en un excepcional tahalí bronceo de la colección Fontaneda⁴⁵. Por cierto, que esta última pieza muestra un tipo de compartimentación del campo decorativo a base de prominentes listeles obtenidos en fundición que sugieren un momento avanzado, al menos de la segunda mitad del siglo III a. de C., a juzgar por su aparición, esta vez en hierro, en los yacimientos inéditos de Villanueva de Teba y Campa Torres.

En Las Ruedas esta fase alcanza muy buena representación, tanto en tumbas —las nos 30, 32 y 35 han proporcionado los conjuntos más completos y singulares— como a través de materiales en posición secundaria. En las Erijuelas de Cuéllar, sin embargo, sólo restan algunos elementos fragmentarios del arma⁴⁶.

⁴² B. GRIÑO FRONTERA de, *Los puñales*, núms. cat. 6, 50, 52.

⁴³ *Ibid.*, cat. 35, 44, 49, 54 y 122.

⁴⁴ I. FILLOY NIEVA, «Tahalíes», fig. 2.2.

⁴⁵ C. SANZ MÍNGUEZ *et alii*, «Tres piezas», fig. 2.

⁴⁶ A. MOLINERO PÉREZ, *Aportaciones*, C-175, C-380 y C-381.

Dentro de un ambiente poblacional, también cabe referirse al ejemplar de El Soto de Medinilla que conserva completa —incluso en sus partes orgánicas— y en conexión la empuñadura⁴⁷. En Palenzuela, al ejemplar de pomo rematado en discos publicado, cabe añadir otros inéditos⁴⁸.

Curiosamente en el yacimiento epónimo esta fase se desconoce, y está también mal documentada en la zona burebana: tres ejemplares en Miraveche⁴⁹ y uno en Villanueva de Teba⁵⁰, si bien los nuevos hallazgos de La Hoya y Carasta parecen mejorar sensiblemente la representación.

En cualquier caso, por el momento es el foco suroccidental o vettón el que ofrece mayor volumen de información para esta fase: en La Osera, 15 de los 18 puñales bernorianos, y, en Las Cogotas, la totalidad de la muestra —8 piezas, se incluyen en la misma.

De la dispersión observada debe destacarse el arraigo y exclusividad que el modelo bernoriano adquiere en la necrópolis de Las Ruedas, ya que fuera de esta tipología apenas contamos con mínimos fragmentos de sistemas de suspensión correspondientes a puñales de la familia biglobular o, para la tumba 54, ya en época sertoriana, con una ancha hoja triangular de puñal, de difícil atribución tipológica pero, en cualquier caso, ajena al tipo analizado. Así pues, la perduración en el Duero medio del modelo bernoriano parece probable, pero quizás sea prudente esperar a contar con un registro más extenso para confirmar esta sospecha.

La presencia de otras alternativas al puñal bernoriano en registros como los de Palenzuela, Villanueva de Teba o La Hoya, sí podrían sugerir, en términos comparativos con respecto al Duero medio, un menor arraigo del modelo en estos lugares, que de esta forma sería prontamente suplantado como consecuencia de los nuevos aires insuflados a buen seguro desde el oriente meseteño. Así, en Palenzuela comienzan a menudear los puñales biglobulares, con pomo de frontón o globular⁵¹ (fig. 5B, n^{os} 10 y 11) —tumbas 61, sector N₄₅ y tumba 2, sector N₅₅, respectivamente—⁵², aunque desconocemos su importancia cuantitativa. De la Pallantia del río Carrión contamos también con una

⁴⁷ Z. ESCUDERO NAVARRO, «Nuevos estudios», fig. 8.10.

⁴⁸ R. MARTÍN VALLS, «Prehistoria Palentina», p. 40, fig. 14.2-3).

⁴⁹ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, láms. 137: 9-11 y 17; 146: 3-5 y 148: 12-13.

⁵⁰ B. GRIÑÓ FRONTERA de, *Los puñales*, cat. 96. Además del ejemplar recogido por Griñó, en las vitrinas del Museo de Burgos se expone una tumba que incluye piezas de la empuñadura asimilables a esta fase de expansión. No creemos, sin embargo, que deba incluirse en la tipología, ni como variante, el ejemplar de la tumba 28 publicado por P. STARY (*Zur eisenzeitlichen*, fig. 17), ya que frente a una contera discoide —único elemento que posibilitaría la adscripción—, la vaina y su sistema de suspensión están claramente inspiradas en los tipos biglobulares.

⁵¹ Incluimos dentro del tipo biglobular, siguiendo los criterios de W. SCHÜLE (*Die Meseta Kulturen*, pp. 105-107) y de R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO («Génesis y evolución», p. 262), tanto la variante de pomo discoide, como la de frontón semicircular, o la de época romana que presenta dos pequeños salientes, a fin de simplificar en la medida de lo posible la nomenclatura tipológica y considerando, además, que salvo en tales aspectos ambos modelos comparten similares planteamientos para las fundas, sistemas de suspensión, etc.

⁵² R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución», p. 263.

pareja de puñales biglobulares⁵³. Más reveladores parecen los datos de la necrópolis de La Hoya, ya que para ella contamos al menos con algunas precisiones sobre el número de ejemplares⁵⁴: de 61 puñales, 37 corresponden al tipo Monte Bernorio y 24 a la familia biglobular —4 de ellos de frontón y el resto de enmangue de espiga—, de los que únicamente han conservado su puño una pareja, que muestran antenas muy atrofiadas, con remates lenticulares y el glóbulo central típico (fig. 5B, n° 13, p. 116). Si, como parece sospecharse a través de la descripción del armamento en el referido trabajo, la mayoría de los puñales Monte Bernorio, si no la totalidad, pertenecen a esta fase⁵⁵, el registro de La Hoya, con una cronología quizás mejor de la primera mitad del siglo III a. de C., antes que la segunda del IV a. de C. propuesta, estaría marcando un momento de competencia equilibrada e incluso todavía favorable al tipo bernoriano, con respecto a los novedosos biglobulares. Por su parte, el yacimiento de Villanueva de Teba representaría un hito más de dicha tendencia, resultando ahora —segunda mitad del s. III a. de C.— totalmente residual aquel modelo, frente a un tipo de daga que, pese a sus singularidades —pomos a base de pequeñas antenas atrofiadas, algunas remedando rostros humanos (fig. 5B, n° 14)—⁵⁶, encaja sin dificultades en la familia biglobular.

c) *Armas de asta.*

Las armas de asta constituyeron, sin lugar a dudas, los objetos militares más habituales de la Antigüedad. Este hecho general queda confirmado tanto en yacimientos ibéricos como del interior meseteño peninsular por su representación porcentual siempre superior a otros elementos de panoplia. Para el caso vacceo contamos incluso con algunas referencias de las fuentes clásicas que resultan bien expresivas de la importancia que las mismas jugaron en su estrategia militar; en concreto Apiano (*Iber.*, 50-52) narra la expedición de Lúculo contra Cauca en el 151, señalando que los caucenses debieron retirarse, después de atacar con éxito a los romanos, por falta de su principal arma: las lanzas. Las escasas representaciones iconográficas existentes constituyen un testimonio más del aprecio por este tipo de elementos; tal es el caso de la escena figurada en los arriaces de un puñal padillense, donde dobles parejas de guerreros afrontados combaten con *caetrae* y sendas armas de asta⁵⁷.

No obstante, pese a su abundancia —sólo en la necrópolis de Las Ruedas contamos con medio centenar de ejemplares, de los que una veintena se benefician de contextos precisos—, las limitaciones para su estudio son importantes. Por un lado, debemos tener presente que tan sólo conservamos las partes metálicas del arma —punta y regatón—, lo que imposibilita, por ejemplo, determinar

⁵³ J. CABRÉ AGUILÓ, «Tipología del puñal», lám. XX, 4 y 5.

⁵⁴ I. FILLOY NIEVA y E. GIL ZUBILLAGA, «Las armas».

⁵⁵ Nos basamos en la descripción que se hace de la estructura de pomos y guardas, construidas mediante dos chapas unidas por remaches.

⁵⁶ J. D. SACRISTÁN DE LAMA e I. RUIZ VÉLEZ, «La Edad del Hierro», pp.199-200.

⁵⁷ C. SANZ MÍNGUEZ, *Los vacceos*, p. 86, fig. 77.

si se trata de elementos pensados para ser arrojados o empuñados —hablaríamos de jabalinas o de lanzas, respectivamente, con longitudes de astiles distintas—, aunque la configuración de la hoja, punzante o punzante y cortante, podría orientar acerca de su funcionalidad. Pero además la simplicidad estructural de este arma, unida a la falta de estudios específicos sobre ella, al menos en el territorio objeto de nuestro estudio, hace muy difícil su manejo comparado. Por ello ceñiremos nuestro análisis al conjunto obtenido en la necrópolis de Las Ruedas, a la espera de poder contrastar nuestros resultados con la sistematización de otros conjuntos.

Todas las hojas o puntas se caracterizan por ser de hierro y por poseer un sistema de empuñadura tubular con orificio para sujetar el astil mediante clavo. Las dimensiones, la proporción que la hoja adquiere en relación a la longitud total de la pieza, la sección de la hoja, la presencia de nervaduras o el diverso desarrollo que poseen sus alerones, constituyen elementos básicos para establecer la tipología.

Así, para el perfil de la hoja hemos diferenciado tres tipos principales (fig. 3C, p. 102): laurel, sauce, y triangular, en cuya caracterización, aparte de valorar la forma en que entra en contacto el empuñadura tubular con la hoja, el índice (A/L) resultante del cociente anchura-longitud de hoja se muestra también útil para diferenciar la segunda con respecto a las otras dos (fig. 3).

Las secciones de las hojas (fig. 3D, p. 102) varían entre: romboidales simples o a cuatro mesas (1), romboidales con arista central prominente (2), romboidales con nervio de sección circular (3), romboidales con nervio de sección hexagonal (4) y lenticulares (5). Este carácter parece guardar una estrecha relación con los perfiles de las hojas. Así, la sección de tipo 2 sólo la encontramos en dos hojas de sauce peculiares —en forma de llama—, que definiremos como subgrupo IIIb; las secciones con abultado nervio, ya sea hexagonal o circular, concurren exclusivamente en modelos triangulares o de laurel, nunca en los de sauce, que se caracterizan por su sección de tipo 1 o romboidal simple; la sección de tipo 5 se corresponde con hojas pequeñas de perfil triangular o de laurel del grupo I; finalmente, la sección de tipo 1 resulta ser la más universal, compareciendo en ejemplares con todo tipo de hojas.

En cualquier caso, cara a la sistematización de las puntas metálicas hemos tomado como caracteres prioritarios en primer lugar la longitud total, seguida de la proporción (%H) que la hoja representa con respecto al valor previo y del índice obtenido del cociente anchura-longitud de hoja, quedando en un plano secundario los aspectos previamente comentados. Así, estableciendo la relación entre las dos variables aludidas en primer término, pueden aislarse cinco grandes grupos y algunos subgrupos más (fig. 3A).

Grupo I. — 7 a 15 cm de longitud; dos subgrupos: Ia, con un cubo muy desarrollado, de tal forma que el %H < 53%, descendiendo en casos extremos al 38 y 23 %; IIb, con un %H = 60-65%, mostrando según este índice una gran proximidad con el grupo siguiente. Destaca en este grupo la importancia que adquieren las hojas triangulares, siendo menor su incidencia en los grupos II y III, y nula en IV y V. Por el contrario, las hojas de sauce se

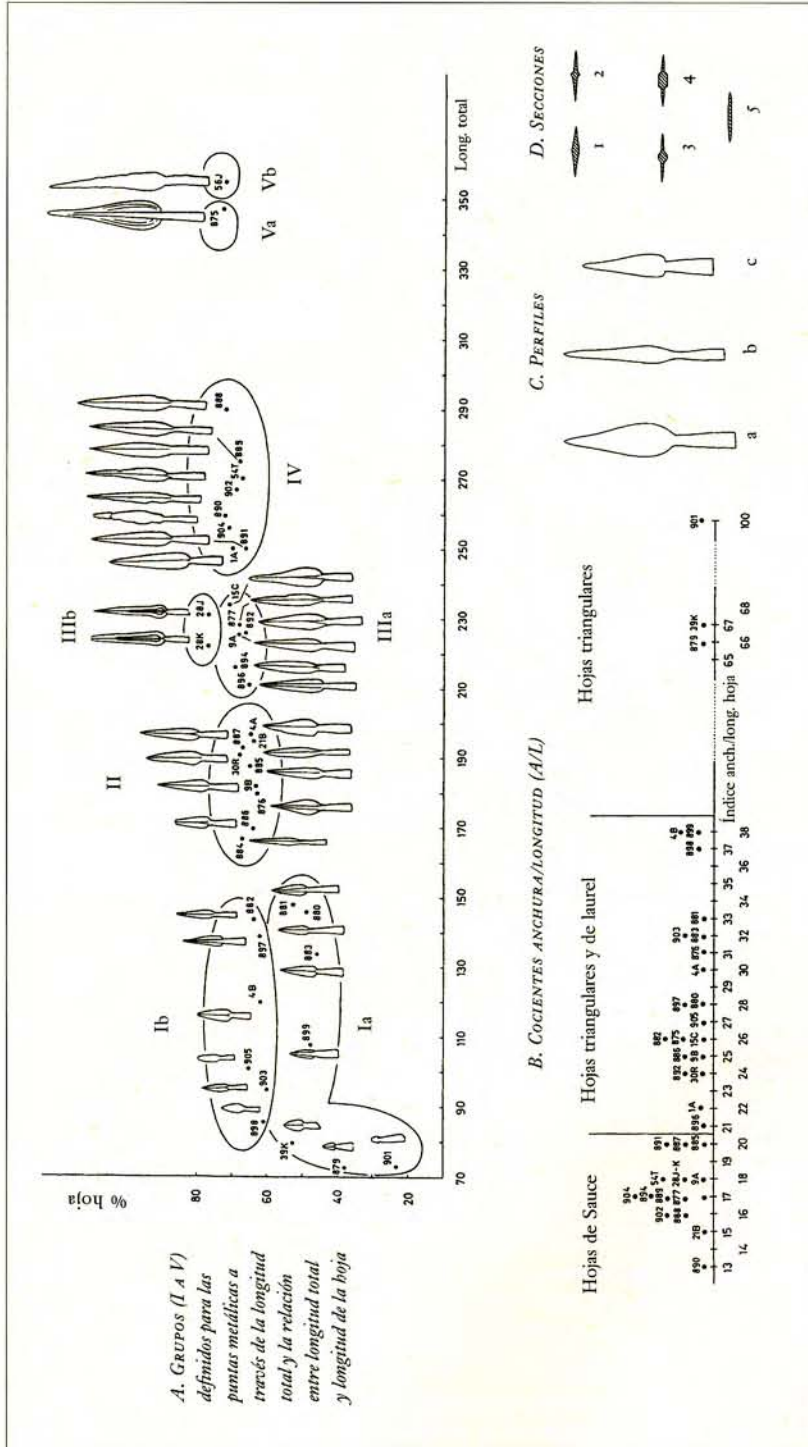


FIG. 3. — Armas de asta en la necrópolis vaccea de Las Ruedas. La numeración alude al inventario de las piezas dentro del registro del cementerio.

desconocen en absoluto. Estas piezas serían, como ninguna otra, acreedoras de su correspondencia con armas arrojadizas o jabalinas, pudiendo incluso haber pertenecido las de menor tamaño a puntas de flecha;

Grupo II. — 17 a 20 cm; %H = 63-68%. Las puntas de laurel y sauce están promediadas; un solo ejemplar triangular;

Grupo III. — 21 a 23 cm, presentando en función de la variable %H dos claros subgrupos: IIIa, con un %H = 65-71%; los ejemplares se reparten entre perfiles de sauce y de laurel, con un sólo ejemplar triangular; IIIb, integrado por dos piezas que alcanzan un %H máximo = 77%. Esta característica no es la única que singulariza estos ejemplares, ya que el índice A/L les incluye dentro del tramo que individualiza a las hojas de perfil de sauce (fig. 3A), hecho que se explica por el gran desarrollo longitudinal de las mismas. Su perfil casi semicircular en la base de la hoja da paso, tras un acusado estrangulamiento, a una aguzada punta, delineando un perfil en forma de llama; la sección es de tipo 2; finalmente, pasan por ser las únicas piezas que incluyen una decoración incisa a base de cinco líneas que, siguiendo el perfil redondeado de la base de la hoja, confluyen en la arista central hacia el tercio superior; exclusivo también resulta el cubo por su estrangulamiento basal; uno de los regatones conservados corresponde a un tipo más elaborado —frente al cónico habitual— con dos tramos claramente diferenciables: la punta de sección cuadrada y el enmangue tubular, separados ambos por un fuerte estrangulamiento;

Grupo IV. — 25 a 29 cm; %H = 66-72%. Se trata del grupo por excelencia de las hojas de sauce, ya que todas las piezas, a excepción de un ejemplar de laurel, con valores anchura-longitud de hoja transicionales, corresponden a ese modelo;

Grupo V. — longitud superior a los 35 cm; %H = 72-73%. Dos ejemplares, dos subgrupos: Va) caracterizado por unos amplios alerones facetados que convergen en una estrecha y prominente punta; su sección es romboidal con un fuerte nervio central de sección hexagonal, salvo en la punta que se convierte lenticular; Vb) la punta obtenida en la tumba 56 posee sección romboidal simple y presenta un perfil de sauce, lo que unido a su notable longitud le proporcionó, sin duda, una alta capacidad penetrante.

Los grupos así establecidos corresponden tanto a momentos antiguos como recientes, por lo que en términos generales parece que las piezas de laurel, de sauce o triangulares, tanto de sección romboidal simple, como con abultado nervio central, convivieron de forma estrecha.

La comunión entre las piezas 15C y 875, salvando las diferencias de tamaño que las encuadran en los tipos IIIa y Va, respectivamente, es patente, ya que comparten unos anchos alerones convexos que se estrechan hacia el tercio superior en suave concavidad para conformar una prominente punta. Así, la segunda de las piezas, pese a carecer de contexto, se beneficiaría de las asociaciones de la primera, datable en la primera mitad del siglo IV a. de C.

Hacia momentos similares llevaríamos los ejemplares de sauce de las tumbas 9, 20 —este fragmentado— y 21, si bien piezas de perfiles semejantes en la tumba 54 y en la 56 nos remiten a cronologías mucho más avanzadas: sertoriana y augustea, respectivamente.

Hojas de laurel aparecen en la tumba 4, compartiendo el marco de la primera mitad del siglo IV a. de C.; también en la 30, cuya cronología debe alcanzar ya el siglo III a. de C. y, tal vez, podrían extenderse hasta el siglo II, de incluir el ejemplar pésimamente conservado de la tumba 50.

Los ejemplares aparecidos en la tumba 28, encuadrables en el grupo IIIb, parecen confirmar la referencia temporal proporcionada por su contexto —segunda mitad del siglo IV a. de C.—, por tratarse de un tipo de cierta singularidad, por su perfil en forma de llama, que se reconoce en otros yacimientos meseteños e incluso meridionales⁵⁸, particularmente en tumbas como la 200 o 270 de La Osera (zona VI), compartiendo el prominente nervio central y los haces de estrías perimetrales. El hecho, sin embargo, de que en estos ejemplares abulenses dichas estrías se sitúen al exterior de la hoja, contrariamente a como sucede en las piezas padillenses, nos lleva a volver los ojos a la zona cántabra, y más concretamente a Monte Bernorio, donde se reconocen piezas en absoluto idénticas, incluso vinculadas al mismo tipo de regatón⁵⁹. Considerando que en la tumba 28 comparecen también un puñal Monte Bernorio, de su «fase de desarrollo-2», y una magnífica espada de tipo Miraveche, para cuya presencia es necesario pensar en aquellas latitudes septentrionales, no tendríamos inconveniente en hacer extensiva esta filiación para las referidas armas de asta.

d) Escudos.

Como arma defensiva prácticamente exclusiva en esta zona debemos referirnos a la *caetra* de tipo Monte Bernorio (fig. 5C, n^{os} 18 y 19; fig. 4A, B, C, D, E) coincidente con la que Cabré⁶⁰ definiera como «fase tercera o de la Cultura de Monte Bernorio - Miraveche - Las Cogotas». En términos generales, se trata de un escudo circular, característicamente cóncavo al exterior, realizado en materiales mixtos, orgánicos (madera y/o cuero) y metálicos, de los cuales sólo han llegado hasta nosotros estos últimos. El tamaño de estas rodela debía situarse en torno a los 60 cm de diámetro, con aproximadamente 1 cm de espesor. En el referido trabajo, J. Cabré, tomando como base los hallazgos de Las Cogotas, ofreció una visión de la estructura y montaje del arma que aún hoy puede considerarse válida; diferenció cinco partes fundamentales, así como otros dos tipos de piezas de más complicada interpretación. Tendríamos así el cuerpo mayor de cuero y/o madera, nunca conservado; el umbo metálico conformado por un cono truncado y abierto, con dientes en el borde, cruceta inte-

⁵⁸ F. QUESADA SANZ, «Armamento», p. 239.

⁵⁹ J. CABRÉ AGUILÓ, «Acrópolis y necrópolis», lám. II; J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y M. A. GARCÍA GUINEA, *Museo Provincial*, fig. 46; W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, lám. 162.

⁶⁰ J. CABRÉ AGUILÓ, «La *caetra* y el *scutum*», pp. 70-73.

rior y una amplia solapa basal en la que se abrirían normalmente cuatro orificios, de distribución equidistante, para su fijación mediante clavos al cuerpo mayor; en ocasiones al exterior del umbo puede aparecer también un cerco metálico; los tirantes, constituidos por finos alambres de sección triangular, y cuya utilidad sería tensar el cuero de la rodela, se dispondrían en número de cuatro de forma radial, ensanchándose en la zona exterior para abrazar el canto, configurando lo que denominamos, siguiendo la terminología de Kurtz, los terminales; hacia el interior y coincidente con el espacio central del umbo se situaría la manilla o empuñadura, delgada lámina metálica a veces ensanchada en su zona media para facilitar su agarre; cuatro abrazaderas o grapas servirían para sujetar las correas de suspensión; finalmente otras piezas, en particular una trapezoidal, debió de estar relacionada también con el arma, si bien es difícil establecer de qué manera⁶¹.

La descripción previa posee un carácter general, ya que existen variaciones en prácticamente todos los elementos metálicos descritos. Ello no obsta para que mantengamos una común designación para el modelo que, siguiendo a Martín Valls y Esparza⁶², preferimos reducir a tipo Monte Bernorio, ya que, como éstos han señalado, en Las Cogotas no pasa de ser uno más entre los existentes y, podríamos añadir, en Miraveche es infrecuente en su forma más genuina⁶³.

Con todo, resultan evidentes las divergencias que con respecto a ese modelo general, teórico si se quiere, existen. Umbos cerrados o abiertos, lisos o dentados en el borde, con o sin cruceta, con o sin lámina periférica, radios simples, dobles o triples, terminales de radios pequeños o grandes, manillas de cinta simple o con engrosamiento de su zona central, dos o cuatro abrazaderas, estrechas o anchas, para la correa de suspensión, etc., ponen de manifiesto notables divergencias que aconsejan una sistematización y ordenamiento. Éste choca, sin embargo, con unas limitaciones en numerosos casos insalvables. Así, principalmente nos encontramos ante la dificultad de poder correlacionar entre sí los diversos elementos metálicos señalados, por el proceso de combustión al que fueron sometidos y/o por el descuido en la recogida o la deliberada inclusión parcial en las tumbas de las partes de un elemento. Por otro lado, con vistas a pergeñar dicha secuencia, que sin duda ha de ofrecer hitos morfológicos destacables habida cuenta la larga trayectoria de este arma, los registros de mayor fiabilidad proceden sobre todo del área vettona,

⁶¹ *Ibid.*, lám. XIV.

⁶² R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución», p. 263.

⁶³ En este sentido no encontramos justificación alguna a la distinción propuesta por W. S. KURTZ (*La necrópolis de Las Cogotas*, pp. 73-78) entre el escudo de tipo 11.2 de su clasificación, identificado con el de tipo Monte Bernorio, y el 11.3, considerado aparte. En cualquier caso, la acomodación del tipo 11.3 a la fase tercera de Cabré resultaría mucho más procedente, máxime si consideramos que de las cinco tumbas de Las Cogotas con escudos de tipo 11.3, una tríada de ellas poseen asociados puñales de tipo Monte Bernorio (*ibid.*, p. 77), lo que en buena lógica, unido a la propia descripción de Cabré, habría debido servir para equiparar con el modelo bernoriano el escudo de tipo 11.3, antes que el 11.2.

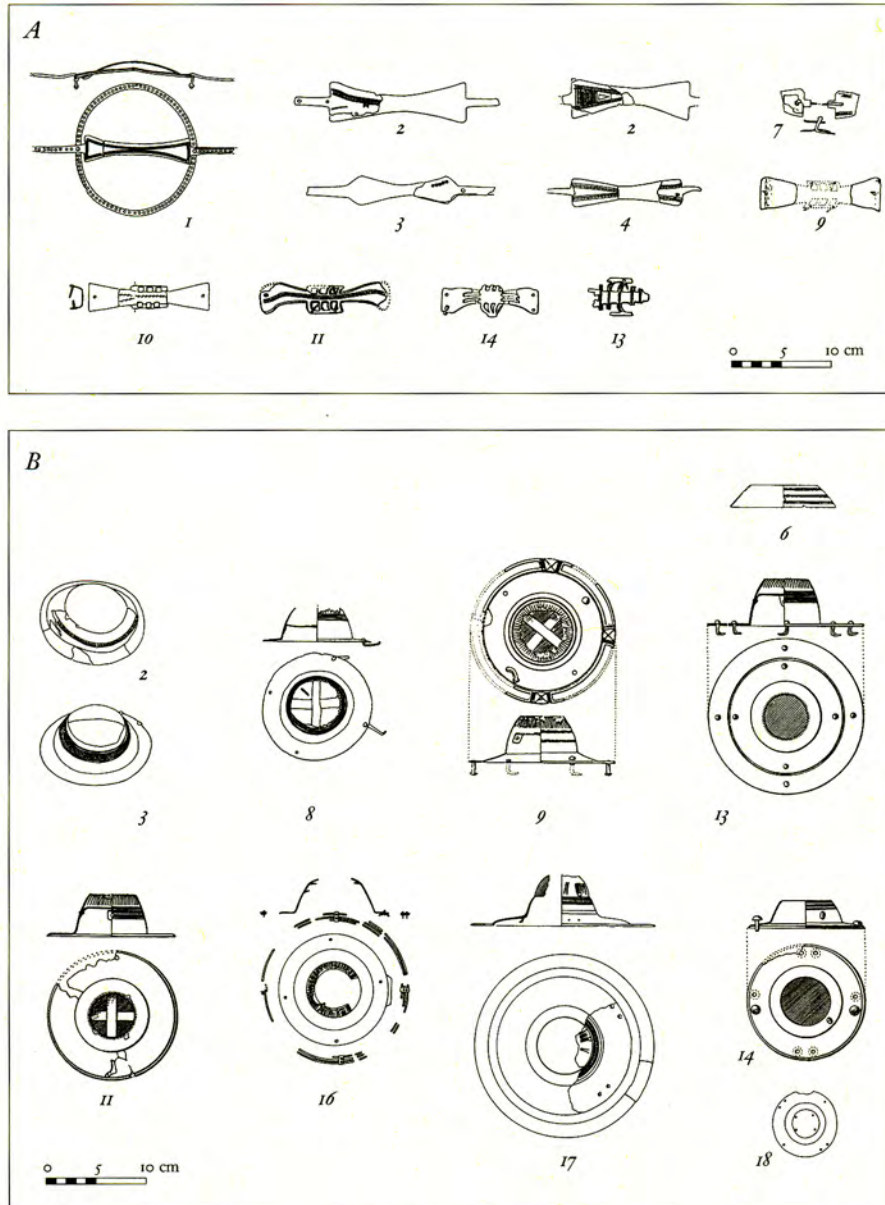


FIG. 4A-B. — Elementos metálicos de la *caetra* de tipo Monte Bernorio. A: Manillas; B: Umbos. — 1, 4-8, 10, 12, 15 y 17: Las Ruedas (tumbas 66, 23, 15 y 24, material suelto; tumba 28, material suelto; tumba 30, material suelto y tumba 44 respectivamente). — 2: Necrópolis de Villamorón (materiales sueltos). — 3: Necrópolis de Monte Bernorio (materiales sueltos). — 9: La Osera (tumba 201, zona I/II). — 11, 13 y 14: Las Cogotas (tumbas 356, 288 y 1354 respectivamente). — 16: Palenzuela (tumba 28, sector N45-4). — 18: Osma (tumba 2). El orden de numeración pretende constituir un primer esbozo de la secuencia del arma defensiva.

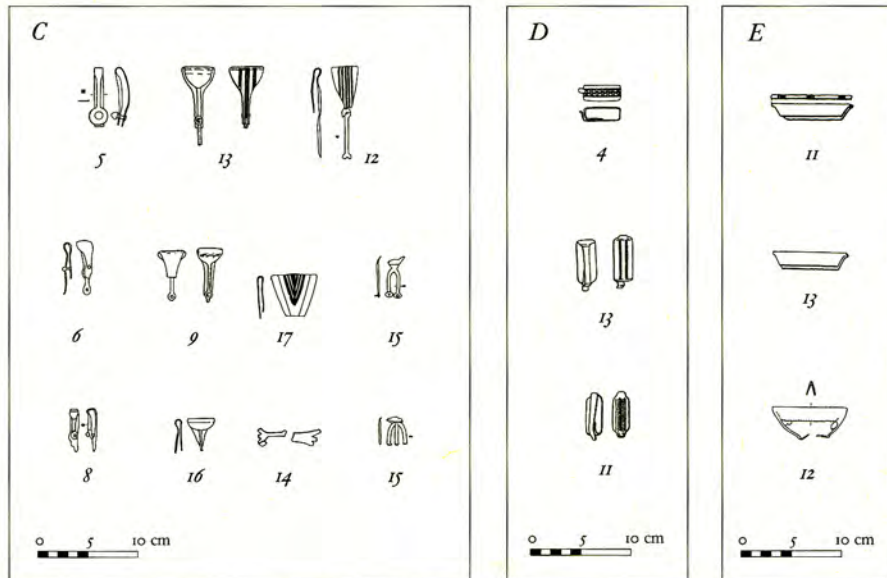


FIG. 4C, D, E. — Elementos metálicos de la *caetra* de tipo Monte Bernorio. C: Terminales de radios; D: Abrazaderas rectangulares de brazos disimétricos; E: Grapas trapecoides de sección angular. — 1, 4-8, 10, 12, 15 y 17: Las Ruedas (tumbas 66, 23, 15 y 24, material suelto; tumba 28, material suelto; tumba 30, material suelto y tumba 44 respectivamente). — 2: Necrópolis de Villamorón (materiales sueltos). — 3: Necrópolis de Monte Bernorio (materiales sueltos). — 9: La Osera (tumba 201, zona I/II). — 11, 13 y 14: Las Cogotas (tumbas 356, 288 y 1354 respectivamente). — 16: Palenzuela (tumba 28, sector N₄₅₋₄). — 18: Osma (tumba 2). El orden de numeración pretende constituir un primer esbozo de la secuencia del arma defensiva.

con lo que, evidentemente, el acceso a su fase formativa se hallaría limitado, ya que, según acabamos de ver al hablar de los puñales bernorianos, los elementos metálicos característicos del Duero medio y alto Ebro no alcanzaron esos territorios suroccidentales hasta la segunda mitad del siglo IV a. de C. y sobre todo el siglo III a. de C.

El registro de Las Ruedas se muestra muy prolífico en este tipo de hallazgos —tumbas 3, 9, 15 (?), 17, 23, 24, 28, 29, 30, 33, 34, 36, 39, 42, 44, 50 y 66, amén de abundantes materiales en posición secundaria, no existiendo prácticamente elementos ajenos a la tipología bernoriana, al igual que ocurría con los puñales.

En concreto, la última de las tumbas mencionadas constituye una referencia inmejorable para definir la que debió de ser, sin lugar a dudas, la fase formativa o prototípica del arma, durante la primera mitad del siglo IV a. de C. Nos encontramos ante una *caetra* de muy reducido tamaño, en torno a los 30 cm de diámetro (13 cm de manilla y el resto de tirantes), tal vez carente de umbo metálico aún, cuyos tensores metálicos se sitúan radialmente al interior de la estructura orgánica —acusando incurvamiento en sus extremos pero aún sin terminales—, con una manilla de cinta estrecha en forma de doble hacha, montada

sobre un junquillo circular, siendo dos de los cuatro tirantes prolongación de los extremos de las manillas (fig. 4A, n° 1, p. 106). Interesantes, igualmente, son las decoraciones que ofrece este ejemplar, a base de *chevrons* enfrentados formando zigzag en la manilla y de circunferencias troqueladas en el cerquillo circular y en los tirantes radiales. Asimilables a esta fase contamos además con un fragmento de empuñadura en Monte Bernorio, compartiendo igual motivo decorativo de circunferencias estampadas (fig. 4A, n° 3)⁶⁴, y con otros dos correspondientes a distintas manillas, procedentes de la necrópolis de Villamorón (fig. 4A, n° 2)⁶⁵ que, compartiendo estructura laminar, parecen marcar cierto grado de evolución en cuanto a la inclusión de unos tensores internos acortados; su decoración es de tipo rectilíneo, a base de líneas enmarcadoras y de pequeños trazos rectos o en espiga con hoyitos.

Debe destacarse que tanto estas decoraciones, como el reducido tamaño de las piezas resulta acorde con los estadios iniciales definidos para otras armas e incluso para placas de cinturón como las de tipo Bureba⁶⁶, traduciendo la existencia de unos cánones precisos en el diseño de estos elementos.

A finales del siglo IV a. de C. la *caetra* había alcanzado, sin embargo, dimensiones superiores, entre los 50 y 60 cm de diámetro, incorporando ya un umbo metálico abierto, trasladando los tirantes al lado anverso, ahora con terminales que abrazarían el perímetro de la rodela, y ensanchando y compactando la zona central de la manilla. Lamentablemente, una visión conjunta de la evolución de todos los componentes de la *caetra* no es posible, por la fragmentariedad del registro ya señalada. Ello nos obliga a analizar individualmente la secuencia de las partes más significativas.

Empezando por la manilla (fig. 4A, p. 106), dos aspectos parecen determinantes en su evolución: la paulatina desaparición de los tensores internos y el robustecimiento de la zona central, facilitando una mejor sujeción del arma.

Algunas empuñaduras de Las Ruedas, las mencionadas de Villamorón o Monte Bernorio, o las de la tumba 201, zona I-II, de La Osera, marcarían diferentes pasos en el desarrollo del arma, caracterizados por la progresiva reducción o atrofia de los tensores solidarios con la manilla, una vez que estos presumiblemente habrían pasado al anverso de la rodela, convirtiéndose en simples apéndices, en principio todavía utilizados para la fijación mediante remaches a la rodela (fig. 4A, nos 2 y 3), luego sin utilidad práctica, por realizarse dicha fijación a nivel de la propia manilla (fig. 4A, nos 4 y 7), desapareciendo del todo finalmente (fig. 4A, n° 9). Considerando que las piezas de Villamorón aparecieron en un pequeño sondeo realizado a principios de siglo, aunque ajeno a intereses científicos⁶⁷, y que en el mismo se recuperaron también puñales Monte Bernorio de fases «formativa» y de «desarrollo -1», así como broches Bureba de tipo IA, bien podría proponerse los comedios del

⁶⁴ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, lám. 163, p. 46.

⁶⁵ *Ibid.*, lám. 157, 5 y 6.

⁶⁶ Tipo IA, véase C. SANZ MÍNGUEZ, «Broches».

⁶⁷ J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Prehistoria burgalesa*.

siglo IV a. de C. para dicho grado de evolución; mientras que la referida tumba 201 de La Osera nos remitiría ya al final del mismo.

Paralelamente cabe suponer un proceso de robustecimiento de la manilla en la zona central, mediante su ensanchamiento con dos solapas coherentes en las que se abren calados cuadrangulares recubiertos interiormente de chapa broncea y con alma ósea o de madera no conservada. Tal es el caso de una pieza de Las Ruedas (fig. 4A, nº 10, p. 106) —ahora con decoración incisa de eses—, o de la propuesta de reconstrucción que J. Cabré hiciera para el ejemplar fragmentario de la mencionada tumba 201 de La Osera, sin duda apoyándose en la manilla completa de la tumba 356 de Las Cogotas (fig. 4A, nº 11) que compararía con aquella sepultura, al igual que con la 28 de Las Ruedas, un mismo tipo de umbo metálico, con lo que podría concluirse que dicho modelo de manilla estuvo vigente a finales del siglo IV a. de C.

Otras empuñaduras con profusión de calados, algunas haciendo juego con tirantes radiales múltiples, se atestiguan en tumbas como la 288 o la 1354 de Las Cogotas (fig. 4A, nºs 13 y 14), en esta última asociada a un modelo de umbo abierto pero carente de cruceta interna.

Por lo que respecta a los radios y terminales, la evolución resulta más difícil de trazar. Ciertas piezas de Las Ruedas (fig. 4C, nº 5, p. 107), tal vez pudieran relacionarse con incipientes terminales que, en función de su característico extremo de remachado con placa circular dentada, cabría suponer carecieran de prolongaciones hacia el centro.

Otras piezas (fig. 4C, nºs 6 y 8) permiten sospechar la presencia, en un momento ligeramente más avanzado, de tirantes completos, con varios orificios de remachado, aunque todavía con terminales escasamente diferenciados de aquéllos en anchura; estos últimos a finales del siglo IV, si nos fiamos de la tumba 201, zona I-II de La Osera, se habrían transformado, adquiriendo la forma triangular característica (fig. 4C, nºs 9 y 12-17).

Algunos tirantes de naturaleza doble o triple de Las Ruedas o Las Cogotas (fig. 4C, nºs 14 y 15) o La Osera⁶⁸ parecen sugerir igualmente estadios más avanzados.

Al referirnos a la manilla hemos planteado la hipótesis de que las *caetrae* prototípicas carecieran de umbo metálico. Tal vez un primer paso en la incorporación de este elemento estuviera representado por ciertos troncoconos abiertos por ambas bases, la mayor carente de solapa, de poco más de 2 cm de altura, con orificios de remachado, y que en el caso de la tumba 24 de Las Ruedas se asociaba a un terminal de radio (fig. 4B, nº 6, p. 106 y fig. 4C, nº 6), apenas diferenciado en anchura. El siguiente hito podría haberse producido con la incorporación de la solapa, al principio estrecha (fig. 4B, nºs 2 y 3), luego más ancha, dotando a la base superior de la cruceta conformadora del modelo clásico de umbo (fig. 4B, nºs 8, 9 y 11). El proceso de complejización afectaría también a este elemento, a base de aditamentos coronando el cono abierto principal, de forma solidaria (fig. 4B, nº 16) o independiente (fig. 4B, nº 17), proceso extensivo

⁶⁸ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, lám. XXXV: sup. dcha.

también a los modelos de cono truncado cerrado, como el excepcional de la tumba 2 de Osma, del Museo Arqueológico de Barcelona (fig. 4B, nº 18, p. 106) o los más habituales de Villanueva de Teba o La Hoya, inéditos, que muestran en el plano superior del troncocono cuatro orificios de remachado para sujetar el remate.

La presencia de aditamentos exteriores al umbo, en forma de cercos metálicos concéntricos, parece documentarse desde momentos tempranos hasta los más tardíos (fig. 4B, nºs 13, 16 y 17).

Otras piezas como las abrazaderas de puente rectangular y brazos disimétricos (fig. 4D nºs 4, 11 y 13, p. 107), aparecidas de dos en dos, o de cuatro en cuatro, en las tumbas, y relacionadas con el sistema de suspensión del arma, ofrecen escasa información seriativa; al igual que las grapas trapezoides de sección angular (fig. 4E, nºs 11-13, p. 107).

Finalmente, las alternativas al modelo bernoriano de escudo se concretan en la necrópolis de La Hoya en un tipo, incluso mejor representado que aquél, de umbo de «cúpula», constituido por un cuerpo hemisférico cerrado y rematado en la parte superior por botón y con ala perimetral⁶⁹. Esta variedad está documentada también en otros yacimientos del área vettona (fig. 5C, nº 17, p. 117) y arévaca, habiéndose propuesto un parentesco con los de La Tène que, sin embargo, no parece viable por la baja cronología que esta referencia proporciona (segunda mitad del siglo I a. de C.)⁷⁰.

e) Cuchillos y otros elementos.

Los cuchillos de hierro, generalmente de un corte y dorso con frecuencia afalcatado o curvo, son hallazgos que se cuentan entre los más habituales en todo tipo de contextos culturales y cronológicos de la Edad del Hierro, prolijidad y pervivencia que en gran medida les resta valor como elemento seriativo.

Se trata de piezas conocidas desde momentos antiguos en el sector del Duero medio, asimilables al Primer Hierro, como es el caso de La Aldehuela de Zamora, asociados aquí a una fíbula de doble resorte⁷¹, o la media docena recuperada en La Mota, Medina del Campo⁷².

Curiosamente, frente a la temprana presencia del tipo en la zona, por el momento carecemos de referencias en la necrópolis de Las Ruedas que puedan remontarse siquiera a los siglos IV-III a. de C., a no ser algunos ejemplares descontextualizados, y en concreto uno de ellos con característico mango bífido que nos remite de forma inmediata al área burebana. En efecto, en el alto Ebro, en yacimientos como Miraveche, este objeto a medio camino entre lo militar y lo utilitario, adquiere inusitada presencia, contabilizándose una cuarentena de ellos⁷³. Predominan aquí los sistemas de empuñadura con lengüeta y

⁶⁹ I. FILLOY NIEVA y E. GIL ZUBILLAGA, «Las armas».

⁷⁰ R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución», p. 272; A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», p. 236.

⁷¹ J. SANTOS VILLASEÑOR, «Resumen», pp. 103-105.

⁷² M. SECO VILLAR y F. TRECEÑO LOSADA, «Perfil arqueológico», fig. 8, 1-2.

⁷³ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, láms. 136-153.

remaches, para acompañarse bien de cachas óseas, bien de puños metálicos, habitualmente bronceos y con el extremo proximal bifurcado, aunque tampoco faltan los que muestran un emangue de tipo bífido coherente con la hoja. Sus longitudes adquieren valores medios de 21 cm, si bien algunos ejemplares se acercan a los 30 cm.

En cualquier caso, no debe descartarse la posibilidad de que algunos de ellos fueran cuchillos de carnicería, en relación con viandas y con banquetes funerarios, bien atestiguados en las tumbas 30 y sobre todo 54 de Las Ruedas, en asociación a parrillas, pinzas, asadores, etc., y que junto con los útiles de aseo personal —*forfex*, navajas, pinzas de depilar— se nos muestran como elementos de clara vinculación guerrera, aunque no entren propiamente en la categoría de panoplia.

Para terminar, nos referiremos a la presencia de posibles proyectiles de honda constituidos por esferas pétreas, las que genéricamente se conocen como «canas» o «canicas» celtibéricas. Para esta interpretación, que haríamos extensiva solamente a los ejemplares elaborados en piedra, nos basamos en su concurrencia dentro de ajuares militares en Las Ruedas, así como sobre todo por el hecho de haber sufrido los efectos de la cremación junto al cadáver, comportamiento que en este cementerio parece exclusivo de los ajuares personales⁷⁴.

II. — ÁREA SUROCCIDENTAL O VETTONA.

Los datos disponibles para este área, coincidente con el foco de Cogotas II o pueblo vettón, provienen fundamentalmente de las extensas excavaciones realizadas por Juan Cabré en las necrópolis de Las Cogotas y La Osera y de las más restringidas de Fernando Fernández en El Raso de Candeleda, completados con otros, siempre más escasos, de sus poblados.

El volumen de información resulta muy irregular, ya que en Las Cogotas se excavaron 1.450 tumbas distribuidas en cuatro zonas, de las cuales sólo 19 contaban con armas, y de ellas 14 con espadas o puñales⁷⁵; en La Osera, por su parte, los datos deberían ser cuantitativamente superiores, ya que se aislaron 6 zonas y 2.230 sepulturas, pero, como de todos es bien sabido, únicamente disponemos de información completa para la zona VI que, con 517 sepulturas, arroja un cómputo de 65 tumbas con armas, siendo 30 las que incluyen espadas o puñales; finalmente, en El Raso de Candeleda, las excavaciones han proporcionado por el momento 66 tumbas, de las cuales 11 o 12 con armas y solamente 6 con espadas.

A estas diferencias en el volumen de información debemos añadir cierto escalonamiento temporal de los registros obtenidos en cada uno de los cemen-

⁷⁴ C. SANZ MÍNGUEZ, *Los vacceos*, p. 345.

⁷⁵ Variamos las cantidades de 20 y 15, respectivamente, reseñadas por Cabré, por considerar que el «estoque» de la tumba 476, considerado sustitutivo de espada por dicho autor, debe ser interpretado más bien como asador, en la línea defendida por W. S. KURTZ (*La necrópolis de Las Cogotas*, pp. 228-230).

terios, con una mayor antigüedad para El Raso, seguido de la zona VI de La Osera y finalmente de Las Cogotas, sin excluir solapamientos entre unos y otros.

Un primer acercamiento a la panoplia de este sector permite comprobar una situación bien distinta del relativo aislamiento señalado para el Duero medio - alto Ebro, hasta el punto de resultar verdaderamente tentadora la definición de la panoplia vettona como proceso acumulativo de diferentes influencias, tanto del oriente meseteño y del Duero medio, como de focos surorientales y suroccidentales peninsulares.

En cualquier caso, si algunas de dichas influencias resultan incuestionables, otras podrían responder a ciertos prejuicios y, de manera muy específica, a la costumbre de designar los modelos con el nombre de la localidad donde por vez primera se aíslan, lo que parece operar —aunque sólo sea a nivel subconsciente— concediendo el *origo* a la localidad o área epónima. De esta forma, las espadas de tipo Alcácer do Sal ¿han de ser consideradas propias del bajo Guadiana, donde se contabiliza un total de 11 ejemplares, cinco de ellos probables, o, por el contrario, las 17 piezas de La Osera, más el puñal del poblado de Las Cogotas, indican que se trata de productos vettones que, siguiendo la corriente cultural de dirección norte-sur iniciada a partir del fin del siglo V a. de C., se adentran por el corredor extremeño? De igual manera, las espadas de tipo Arcóbriga, de las que se han obtenido casi un centenar de ejemplares en Las Cogotas y sobre todo en La Osera ¿fueron recibidas desde el extremo oriental meseteño o, a la luz de la densidad de hallazgos vettones, deberíamos invertir el sentido de la corriente?

Cabrían incluso otras preguntas más sobre la procedencia de ciertos productos —*soliférrea*, espadas de frontón, de antenas tipo Aguilar de Anguita etc., que se suscitan como consecuencia, por un lado, de la existencia de unos talleres antiguos que operan, desde los inicios del siglo V a. de C. hasta su último cuarto, tanto en el oriente de la Meseta como en el Sureste peninsular, y cuyos productos resultan difícilmente diferenciables⁷⁶ —lo que ha llevado a apreciaciones erróneas en cuanto a la naturaleza meseteña de determinadas panoplias ibéricas⁷⁷— y, por otro, de la pauta hibridadora que define por antonomasia las panoplias célticas, de tal suerte que, establecidos los atributos básicos de los principales tipos de espadas y puñales, raro es el ejemplar que no acusa excepciones a la regla, como resultado del préstamo o confluencias de otros modelos.

Resulta además notorio que dichas influencias o relaciones comerciales muestran un calado diverso en cuanto a intensidad, vigencia temporal e incluso dirección. Y, si por un lado es fácil establecer según la panoplia una estrecha relación entre los focos vetton y oriental meseteño, mantenida con cierta continuidad básicamente entre los siglos IV-II a. de C., y probablemente con una dirección dominante este-oeste, ello no significa que el armamento vetton

⁷⁶ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», pp. 223-224.

⁷⁷ J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y M. P. GARCÍA-GELABERT, «Connotaciones meseteñas».

constituya una transposición del arévaco. Así, cabe destacar, por ejemplo, un mayor peso de las manillas de aletas ibéricas en el grupo Cogotas II, con 87 ejemplares en La Osera —de los cuales 45 se asocian significativamente a espadas tipo Arcóbriga⁷⁸—, frente a escasas piezas recogidas en Atienza y Arcóbriga⁷⁹; y, de forma inversa, el centenar de espadas de La Tène en la Meseta oriental, frente a tan sólo cuatro ejemplares en La Osera y otros tantos en alta Extremadura y Suroeste peninsular⁸⁰; o también las exclusiones de determinados modelos —tal vez de manera significativa por ofrecer estéticas similares en cuanto a la construcción del pomo a base de superposición de discos—, como los de tipo aquitano (Arcachon) o navarro (Echauri) en el área vettona, o los de tipo Alcácer do Sal en la Meseta oriental.

La diferente intensidad y cronología de las influencias recibidas del Duero medio - alto Ebro en ambas zonas, sirven igualmente para poner de manifiesto su diversidad. Así, mientras en el oriente los ejemplares de puñales Monte Bernorio llegaron con débil intensidad en todo momento, en el área vettona esta corriente comercial sólo dará comienzo a finales del siglo IV a. de C., para establecerse con fuerza a lo largo del III e incluso parte del II a. de C.

Finalmente, algunos modelos de puñal, de baja cronología, con pomo en forma de creciente lunar y travesía de suspensión de la vaina en forma de ese, a pesar de su originalidad y exclusividad en el área vettona —aunque también en proporciones muy reducidas, por cuanto sólo se conocen dos ejemplares en la zona VI de La Osera—, no dejan de englobarse en la familia de los biglobulares. Es más, de la nula incidencia del modelo en otras áreas cabría deducir la escasa proyección del mundo vettono allende su territorio, pudiendo particularizar en este área ese balance mercantil favorable a los mercados meridionales, defendido con carácter general para la Meseta por E. Cabré de Morán⁸¹, también con respecto al centro y oriente meseteños⁸².

Hechas las anteriores aclaraciones, resulta conveniente referirnos a continuación a las diferentes variedades de armamento que confluyen en el foco vettono, sin que parezca oportuno descender al detalle para cada una de ellas, tanto por la manifiesta imposibilidad de establecer secuencias cronológicas precisas para las series definidas en la mayoría de los tipos, como consecuencia del aludido fenómeno de hibridación, como por estar en curso de realización una serie de estudios, particularmente en la necrópolis de La Osera, valorando el resto de las zonas excavadas⁸³, aunque también en algunos yacimientos extre-

⁷⁸ M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Notas», p. 160, n. 24. Cómputo el de espadas que asciende a 63 ejemplares según J. CABRÉ AGUILÓ («La *caetra* y el *scutum*», p. 66).

⁷⁹ A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», pp. 226-227.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 226-227.

⁸¹ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 223.

⁸² En este sentido, y aunque no referido a objetos de panoplia, conviene recordar cómo producciones tradicionalmente consideradas características del grupo cultural Cogotas II, como la cerámica a peine, alcanzaron el oriente meseteño a través del filtro vacceo (C. SANZ MÍNGUEZ, «La cerámica», p. 270).

⁸³ I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La estadística».

meños⁸⁴ que, probablemente, aportarán una información sustanciosa y directa que permita sentar bases más seguras de las que por ahora disponemos.

a) Espadas y puñales.

Las espadas y puñales⁸⁵ adquieren muy buena representación, siendo entre las primeras los modelos de antenas atrofiadas los más numerosos. El tipo Aguilar de Anguita (fig. 5A, n° 1), con hoja de bordes característicamente rectilíneos y pomo de antenas aún ligeramente destacados, está documentado en El Raso de Candeleda a través de sendos ejemplares de las tumbas 20 y 63, en ambos casos asociados a *soliférrea*⁸⁶; en la necrópolis de La Osera su presencia debe ser también importante⁸⁷, correspondiendo a la zona VI cuatro ejemplares recuperados en las tumbas 100, 228, 388 y 417, los cuales por sus asociaciones a *soliférrea*, escudos radiales variante A de Aguilar de Anguita, largas puntas de lanza con nervio central redondeado y regatones de punta roma, y recipientes cerámicos que les acompañan, al tiempo que por su posición en niveles profundos, muestran una gran coherencia entre sí y son considerados entre los elementos de cronología más antigua y como procedentes de la Meseta oriental⁸⁸. Su cronología parece abarcar el lapso temporal de las primeras mitades de los siglos v y iv a. de C., situándose en esta última los cuatro ejemplares de la necrópolis de Alcácer do Sal⁸⁹, mientras que para su producción cabría pensar tanto en el Sureste peninsular, como en el foco oriental de Soria-Guadalajara⁹⁰.

La espada de tipo Alcácer do Sal (fig. 5A, n° 3) es uno de los productos que más singularidad proporciona a la panoplia vettona, por cuanto, como hemos señalado, son desconocidas en la Meseta oriental. Se trata de piezas, al igual que la precedente, de hojas de bordes rectos, con empuñaduras que ostentan seis u ocho facetas —aunque también las hay de secciones rectangulares, tumba LX de la zona III de La Osera; y circulares, de incluir en la tipología una de las dos espadas que aparecieron en la tumba 200, zona VI, de la misma necrópolis— y pomos rematados en tres discos superpuestos, mayor el central, que evolucionaron a los de cápsulas elipsoidales; la cruz, con escotadura semicircular, constituye otro rasgo caracterizador, aunque no faltan excepciones con trazados trapezoidales.

Las evidencias de este tipo se concentran de forma casi exclusiva para el foco abulense en la necrópolis de La Osera, ya que, al margen de éstas, únicamente cabe citar el hallazgo de un ejemplar en el poblado de Las Cogotas⁹¹.

⁸⁴ F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «La necrópolis de El Romazal».

⁸⁵ No entramos en la cuestión de las longitudes, a menudo demasiado cortas para hablar de espadas, remitiendo a la valoración realizada en este sentido por M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ («Notas», pp. 152-153), que suscribimos. Asimismo prescindiremos de la descripción y valoración de las vainas, mayoritariamente constituidas por cerquillos y puentes metálicos, en ocasiones —modelo Arcóbriga— enriquecidas con placas decoradas también metálicas.

⁸⁶ F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*, figs. 326 y 424.

⁸⁷ I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La estadística», p. 32.

⁸⁸ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, pp. 173-174.

⁸⁹ L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 157.

⁹⁰ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», pp. 207-208 y 223.

⁹¹ J. CABRÉ AGUILÓ, *Excavaciones*, t. II, lám. LXXIII.

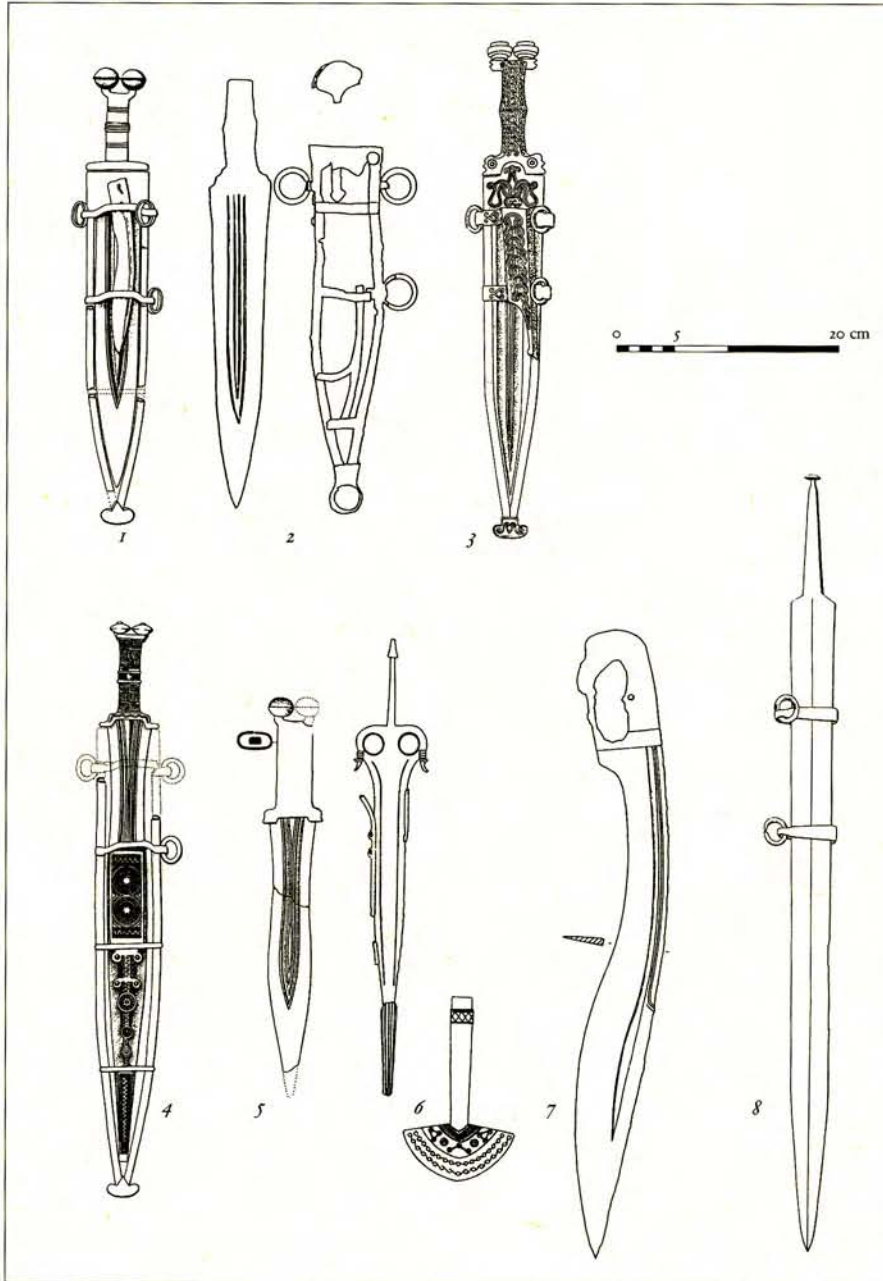


FIG. 5A. — ESPADAS. Tipo: 1, Aguilar de Anguita (La Osera, tumba 228, zona VI); tipo 2, de frontón (El Raso, tumba 13); tipo 3, Alcácer do Sal (La Osera, tumba I, túmulo C); tipo 4, Arcóbriga (La Osera, tumba 182, zona VI); tipo 5, Atienza (La Osera, tumba 264, zona VI); tipo 6, Miraveche (Miraveche, tumbas 28 y 31); tipo 7, falcata (El Raso, tumba 64); tipo 8, de La Tène (La Osera 201, zona I/II).

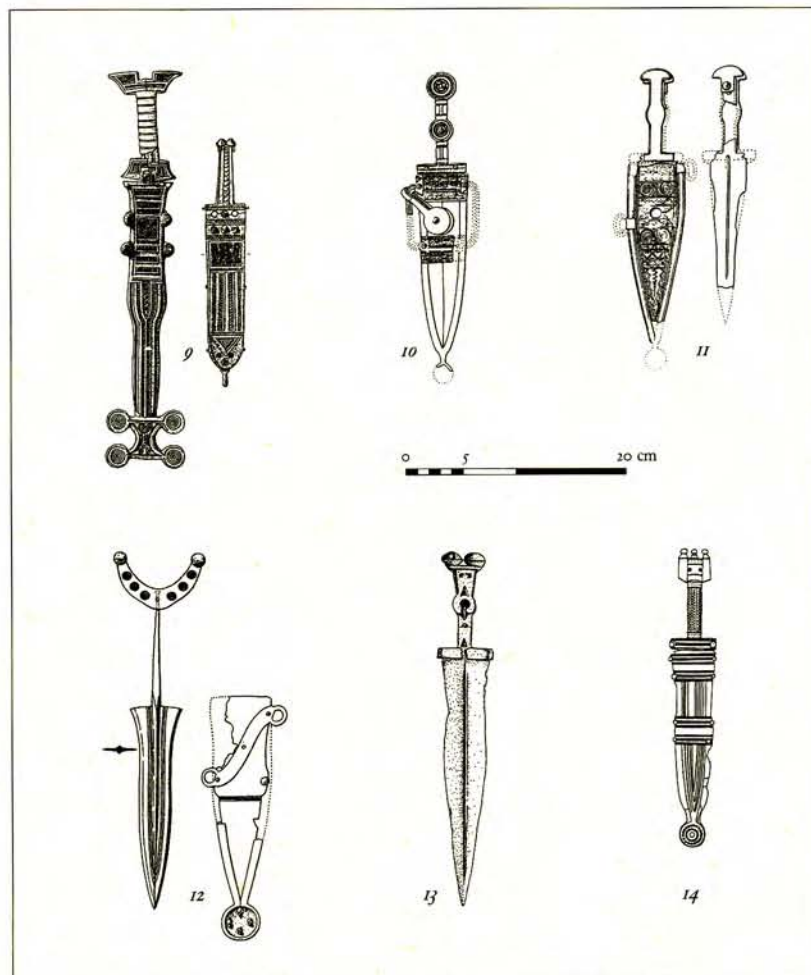


FIG. 5B. — Puñales tipo: 9, Monte Bernorio (Las Ruedas, tumba 28); 10-14, familia biglobular; 10, biglobular estricto (Las Cogotas, tumba 383); 11, con pomo de frontón (Las Cogotas, tumba 1354); 12, con pomo de creciente lunar (La Osera, tumba 418, zona VI); 13, [con] pomo de antenas (necrópolis de La Hoya); 14, con pomo de antenas, remedando rostro humano (necrópolis de Villanueva de Tebas).

Once piezas más, cinco de ellas en el yacimiento epónimo, constituyen las referencias del modelo en la zona extrema del Sado-Guadiana⁹². Los 17 ejemplares que rindiera la necrópolis de La Osera han constituido la base para pergeñar su evolución⁹³, pudiéndose centrar su vigencia básicamente a lo largo del

⁹² L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 157, fig. 31.

⁹³ J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Las espadas»; M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Aportación».

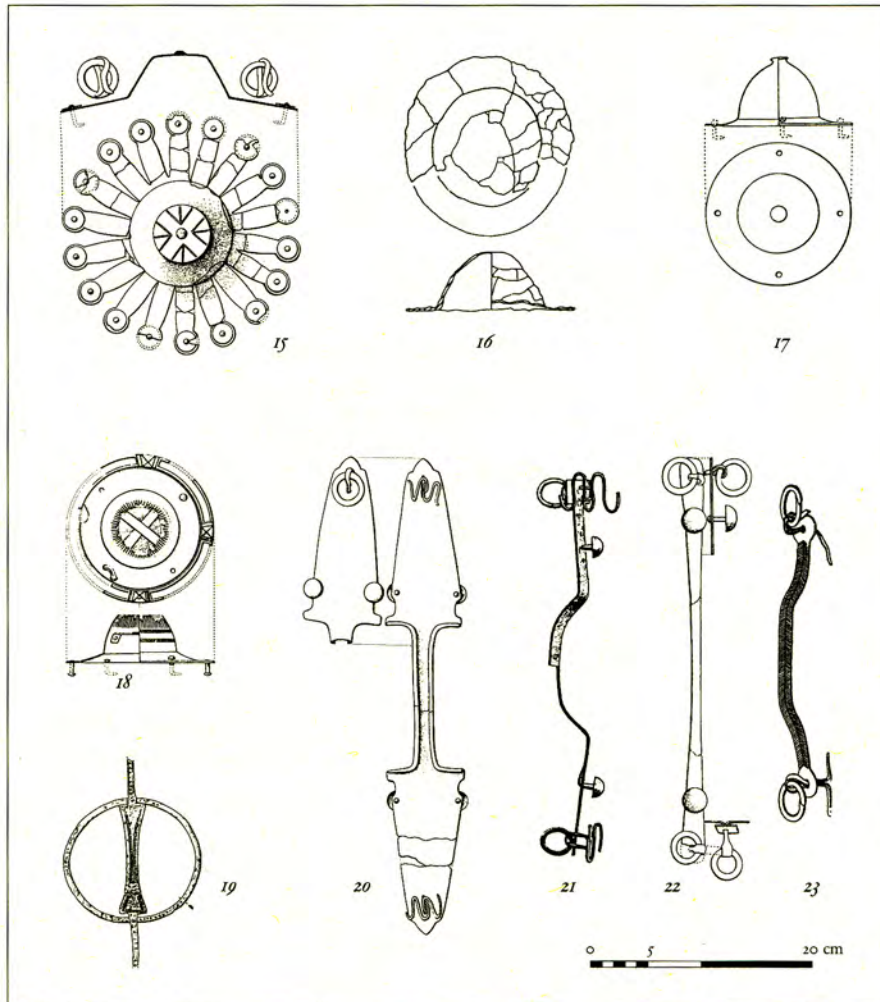


FIG. 5C. — *Caetrae*, umbos de tipo: 15, radial (La Osera, tumba 228, zona VI); 16, hemisférico (El Raso, tumba 64); 17, de cúpula con botón (Las Cogotas, tumba 1353); 18, Monte Bernorio (La Osera, tumba 201, zona I/II); Manillas de tipo: 19, Monte Bernorio (Las Ruedas, tumba 66); 20, de aletas ibérica (La Osera, tumbas 182, zona VI); 21-23, de cinta estrecha (La Osera, tumba 1297, zona V, tumba 509, zona VI, y Las Cogotas, material suelto, respectivamente), [según autores referenciados en texto para cada uno de los yacimientos].

siglo IV, con algunas escasas proyecciones al III a. de C. Aunque los últimos autores señalan las dificultades existentes para articular la cronología de las cinco series establecidas para el tipo —el insoluble problema del hibridismo, las asociaciones que proporcionan algunos conjuntos cerrados permiten diferenciar al menos aquellos que podrían encajarse en momentos antiguos de otros que delatan cronologías avanzadas. Entre los primeros, los de las tum-

bas 438, zona VI⁹⁴ y I del túmulo D, zona I⁹⁵, con cuenquecitos «campanienses»⁹⁶ y/o pinzas de depilar caladas de «tipo Cigarralejo», parecen remitir a la primera mitad del siglo IV a. de C. Por contra, los ejemplares de las tumbas LX (zona III), 200 (zona VI) y sobre todo 1297 (zona V)⁹⁷, son considerados entre los más tardíos, tanto por aspectos morfológicos —secciones de pomo, antenas de esferas aplanadas, cruz de escotadura rectilínea, hojas pistiliformes— como decorativos —organización sobre el pomo de los motivos ornamentales en esquemas horizontales, frente a los verticales operativos en los modelos anteriores—.

Por su parte, la pieza de pomo bipartito de la tumba 650 (zona IV), datable por sus asociaciones en el siglo IV a. de C.⁹⁸, plantea interesantes conexiones con el modelo de espada de frontón, también de hoja de bordes rectos, aunque más ancha, surgida en los inicios del siglo V a. de C. en el mediodía peninsular⁹⁹. Esta circunstancia podría hacer sospechar, al margen de la simple hibridación, un origen común de las espadas Alcácer do Sal, previo a su arraigo ulterior en el occidente peninsular.

Del modelo de frontón (fig. 5A, n.º 2, p. 115), la representación en el área vettona y Sado-Guadiana es sensiblemente menor. A los tres ejemplares —uno de ellos más propiamente puñal— de El Raso de Candeleda, cabe añadir otros seis en La Osera —ninguno en la zona VI—, siendo desconocido en Las Cogotas; otras dos piezas en Alcácer do Sal y una más en la necrópolis de Alcántara completan el listado. En cualquier caso, pese a sus antiguos orígenes, las asociaciones que delatan algunas de las tumbas en que comparecen, sugieren que fueron utilizadas también a lo largo del siglo IV a. de C.

Los ejemplares de El Raso —tumbas 13 y 66— pueden encajarse en la serie segunda de Cabré¹⁰⁰, caracterizados por presentar el alma de la empuñadura cortada horizontalmente en su parte alta, de tal forma que el frontón resulta ser exento, articulándose con las cachas óseas mediante remaches. La serie tercera,

⁹⁴ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, lám. LXXIII.

⁹⁵ M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Pinzas ibéricas», pp. 77 y 78, fig. 1.

⁹⁶ Aunque la tumba 438, zona VI, no incluye cerámica de importación, J. CABRÉ AGUILÓ *et alii* (*El castro*, pp. 175-176) refieren que la 138, al mismo nivel y a tan sólo 2 m, sí proporcionó un fragmento de tales producciones, compartiendo contexto con restos de cerco metálico de una vaina de espada asimilable al modelo que tratamos. En cualquier caso, conviene destacar la escasa atención prestada a un tipo de hallazgos tan inusual en la Submeseta norte como preciado, como es la cerámica de importación de este cementerio, que sabemos hace acto de presencia al menos en otras dos sepulturas —14 y 338, zona VI— aparte de las ya mencionadas. La referencia cronológica que algunas de ellas ofrecen invitarían a pensar en autoría ática, antes que campaniense, equiparables a los hallazgos de barniz negro conocidos en El Raso de Candeleda (F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, «Objetos») o, más al interior, en Padilla de Duero (C. SANZ MÍNGUEZ y A. CAMPANO LORENZO, «Hallazgo de cerámica»).

⁹⁷ La referencia de este ejemplar ofrece dudas en cuanto al número de tumba: 1297 en M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Pinzas ibéricas» y 1279 en *Id.*, «Aportación».

⁹⁸ M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Aportación», p. 769, n. 12.

⁹⁹ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 210.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 210-211.

según dicha autora, se inicia en la necrópolis de Alcácer do Sal, y se caracteriza por presentar una barra enteriza con el arco de frontón. Finalmente, la serie cuarta, individualizada por una guarda horizontal solidaria a la barra que sustenta el frontón, hasta ahora exclusiva de la Meseta oriental, halla representación en la tumba 1 (zona B) de la necrópolis de Alcántara, lo que parece apoyar su presencia como consecuencia de contactos con el área celtibérica¹⁰¹.

Entre los modelos de espadas de antenas de mayor pervivencia debemos referirnos también a los de Atienza (fig. 5A, n° 5, p. 115) y Arcóbriga, con hojas de perfil preferentemente pistiliforme. Aquél parece un modelo derivado de las espadas Aguilar de Anguita, que sustituye la empuñadura de sección circular por otra aplanada, constituida por una chapa de hierro enteriza. Se trata de una variedad que, arrancando del primer cuarto del siglo IV a. de C., alcanzaría el final del III a. de C. y, también en opinión de Cabré¹⁰², muy exportada a la zona occidental vettona. En efecto, en la necrópolis de La Osera, después de los tipos Arcóbriga y Alcácer do Sal, le siguen en importancia las espadas de Aguilar de Anguita y derivadas¹⁰³; dentro de la zona VI existen claros ejemplares en las tumbas 230 y 264 que, por su posición estratigráfica, delataron posterioridad con respecto a piezas de tipo Aguilar de Anguita, Arcóbriga y falcata¹⁰⁴.

La espada de tipo Arcóbriga (fig. 5A, n° 4) constituye el modelo mejor representado en las necrópolis de La Osera —92 ejemplares, de ellos 15 en la zona VI— y Las Cogotas, aquí con un número más reducido pero con carácter exclusivo, habiendo proporcionado además alguno de los ejemplares de belleza más singular, como el de la tumba 513, salido del mismo taller que el de la tumba 509, zona VI, de La Osera. Se desconoce, sin embargo, en la necrópolis de El Raso y también en el Suroeste peninsular, a no ser un ejemplar híbrido Alcácer-Arcóbriga¹⁰⁵, ausencia que permite en alguna medida defender la idea de competencia esbozada entre los modelos Alcácer do Sal y Arcóbriga, sin duda los de mayor carga decorativa-simbólica de entre los existentes, e incluso la visión de producción celtibérica del modelo arcobrigano¹⁰⁶.

Su abundancia y dilatada vida, al menos desde los inicios del siglo IV a. de C. —sirve aquí también la referida asociación a pinzas de depilar de «tipo Cigarralejo» señalada para el tipo alcacereño— hasta el II a. de C., ha permitido establecer una serie de hitos evolutivos atendiendo al grado de atrofia de las antenas, al paulatino alargamiento de los ejemplares o a su barroquización ornamental, si bien se trata de criterios aplicables como tendencias generales, sin validez cronológica estricta¹⁰⁷.

Finalmente, entre los modelos claramente importados, resta referirse a las espadas de La Tène (fig. 5A, n° 8) y falcatas. De las primeras se documentaron

¹⁰¹ J. ESTEBAN ORTEGA *et alii*, *La necrópolis*, p. 96, fig. 29.3.

¹⁰² M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», pp. 214-215.

¹⁰³ I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La estadística», p. 32.

¹⁰⁴ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, p. 181.

¹⁰⁵ L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 163.

¹⁰⁶ E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 215.

¹⁰⁷ M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Notas», p. 161.

en La Osera tan sólo cuatro ejemplares¹⁰⁸, siendo la aparecida en la tumba 201 (zona I-II) la única publicada, precisamente para acotar la cronología del puñal bernoriano entre finales del IV o inicios del III a. de C.¹⁰⁹; en el resto de los cementerios abulenses es desconocida, documentándose por el corredor extremeño y Suroeste peninsular dos ejemplares en la necrópolis de El Romazal de Villasviejas¹¹⁰, y otra pareja en el Castrejón de Capote y la necrópolis de Herdade das Casas¹¹¹.

Frente a distribución tan limitada, en el oriente meseteño el volumen de piezas se acerca al centenar, siendo posible distinguir algunos productos auténticos latenienses a través básicamente de la inclusión, siempre rara, de la vaina que, sin embargo, se integra en equipos militares indígenas y cuya adaptación local queda en evidencia por la modificación del sistema de suspensión mediante dos anillas¹¹², tal y como puede observarse que sucede también en el referido ejemplar de La Osera.

En definitiva, la asimilación que el modelo tuvo en la Meseta oriental, con hibridaciones e influencias sobre otros tipos —particularmente incidiendo en el alargamiento de las espadas de tipo Arcóbriga¹¹³, lo que implícitamente obliga a pensar una vez más en la producción del modelo arcobrigano en el oriente meseteño, donde el tipo galo tuvo posibilidad de influir por alcanzar presencia significativa—, no encuentra reflejo en la zona vettona, pudiéndose considerar las piezas de aquí subsidiarias de aquel foco.

Por lo que hace a la falcata ibérica (fig. 5A, n° 7, p. 115), o más propiamente bastetano-contestana, los ejemplares recuperados en las tumbas 370 y 394, zona VI, de La Osera —a los que habría que añadir otros cinco en este cementerio— y el de la tumba 64 de El Raso, no parecen ofrecer dudas sobre su recepción en momentos relativamente avanzados, finales del siglo IV a. de C., desde su zona de origen. Para el caso de las piezas de Alcácer do Sal, de confirmarse su asociación a cerámica griega de la primera mitad del siglo IV a. de C., habría que explicar su presencia por penetraciones vía marítima desde la zona de Almería, ya que los puntos geográficos intermedios —ejemplares de Cáceres el Viejo, Herdade das Casas, Capote, etc.— no sirven para explicar el mecanismo de transmisión debido a sus cronologías más tardías¹¹⁴.

Entrando en el capítulo de las armas blancas cortas, dos son básicamente las influencias que cabe vislumbrar en la panoplia vettona¹¹⁵. En primer lugar, los puñales de tipo Monte Bernorio (fig. 5B, n° 9, p. 116) alcanzaron esta zona a tra-

¹⁰⁸ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, p. 68.

¹⁰⁹ J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos».

¹¹⁰ F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «Las necrópolis de Villasviejas», p. 262.

¹¹¹ L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 158.

¹¹² A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia», pp. 230-233

¹¹³ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 215.

¹¹⁴ F. QUESADA SANZ, *Arma y símbolo*, pp. 136-138; L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, pp. 158-160.

¹¹⁵ No entraremos en el análisis de aquellos modelos de puñales que constituyen réplicas, a menor escala, de espadas, normalmente correspondientes a la familia de antenas atrofiadas.

vés del Duero medio, pero sólo a partir de la segunda mitad del siglo IV a. de C. —se desconocen los modelos formativos y de desarrollo-1—, documentándose tímidamente la «fase de desarrollo-2» —tres ejemplares en La Osera— y, con fuerza, la postrera fase de expansión: 15 piezas en La Osera y la totalidad de la muestra —8 piezas— en Las Cogotas, donde concurren los ejemplares de pomos con discos, según J. Cabré los más tardíos, extendiéndose incluso al área extremeña como atestigua, si no el puñal de la Dehesa del Rosarillo, de adscripción romana¹¹⁶, sí el tahalí (¿con chapado bronceo?) de la tumba 43 de la necrópolis de El Romazal de Villasviejas¹¹⁷, asociado aquí, sin embargo, a un puñal de antenas atrofiadas.

Casi paralelamente, a partir de un momento que puede situarse a finales del siglo IV o inicios del III a. de C., la familia de los puñales biglobulares alcanzará desde la Meseta oriental, probable cuna de la misma, el foco vettón. El éxito que acompañó a estas producciones queda reflejado con precisión tanto en el amplio espacio geográfico que abarcaron —representadas, por ejemplo, en los «guerreros lusitanos» o en la zona extremeña, como puntos más extremos de dispersión occidental—, como en su dilatado marco temporal de vigencia¹¹⁸ y, cómo no, por su más que probable carácter inspirador en los *parazonia* romanos que las legiones adoptaron desde el siglo I d. de C.¹¹⁹.

A los modelos de frontón (fig. 5B, n° 11, p. 116) de las tumbas 605 ó 1354 de Las Cogotas¹²⁰, cabe añadir los biglobulares estrictos (fig. 5B, n° 10) de la tumba 383 del mismo cementerio¹²¹, o el de la tumba 1386 (zona V) de La Osera¹²², y dentro de la misma familia consideraríamos la adaptación de ejemplares con pomo de creciente lunar (fig. 5B, n° 12) de la tumba 418 (zona VI) de La Osera¹²³. Contextos cementeriales proporciona también la necrópolis de El Romazal, donde son varios los ejemplares biglobulares detectados¹²⁴. Pero incluso en los hábitats adquieren buena representación: sobre todo en El Raso de Candeleda, donde la asociación a denarios republicanos de algunos de los cinco ejemplares aquí aparecidos remiten a los comedios del siglo I a. de C.¹²⁵, pero también en El Berrueco¹²⁶, y la pareja de Capote, fechada a final del siglo II a. de C.¹²⁷.

b) Cuchillos.

Los pequeños cuchillos de hierro, de perfil frecuentemente afalcatado, constituyen otras piezas más del ajuar del guerrero. Su presencia resulta habi-

¹¹⁶ F. QUESADA SANZ, *Arma y símbolo*, p. 141.

¹¹⁷ F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «La necrópolis de El Romazal», fig. 3.

¹¹⁸ R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución», p. 265.

¹¹⁹ M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», p. 222.

¹²⁰ J. CABRÉ AGUILÓ, *Excavaciones*, t. II, láms. LXXIII y LXXIV.

¹²¹ ID., *Excavaciones*, t. II, lám. LXXX.

¹²² M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales», fig. 28.

¹²³ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, lám. LXVI.

¹²⁴ F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «Las necrópolis de Villasviejas», p. 262.

¹²⁵ F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*, pp. 61, 173, 211, 233 y 293.

¹²⁶ C. MORÁN BARDÓN, *Excavaciones arqueológicas*, lám. XIII B.

¹²⁷ L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 160.

tual en los cementerios abulenses y en asociación específicamente a tumbas de guerrero, incluso alojados en el interior de cartucheras de las vainas de espada. En la necrópolis de Las Cogotas se recogieron trece dentro de contexto, repartidos por las diferentes zonas, a excepción de la V; su mayor presencia en la zona III, unida a la escasez en la misma de hallazgos de puñales, ha llevado a Kurtz¹²⁸ a proponer una analogía entre la función y el significado funerario de cuchillos y puñales. En cualquier caso, conviene no olvidar que piezas como la de la tumba 1442 pudieran estar delatando una condición guerrera, pero no de manera directa, sino a través de su relación con el banquete funerario de carne, como cuchillos de carnicería, según vimos¹²⁹. Por su parte, en El Raso de Candeleda se exhumaron ocho ejemplares, seis de ellos en tumbas de guerrero¹³⁰, mientras que en la zona VI de La Osera fueron doce¹³¹, pudiendo incluirse tanto los ejemplares de las tumbas 514 (zona VI) como de la 201 (zona I-II) en la misma categoría de cuchillos de carnicería, por la circunstancia de incluir ambas sepulturas un completo ajuar de piezas relacionadas con el fuego: asadores, largas pinzas, trébedes y calderos; y caldero, pinza y gancho de carne, respectivamente.

c) *Armas de asta.*

Por las razones esbozadas previamente, no nos detendremos en las puntas de lanza y jabalina, ni en los regatones que las complementan, hallazgos que aquí también se encuentran entre los más habituales. Sí que nos referiremos, siquiera brevemente, al *soliferreum*, un arma arrojadiza, enteramente realizada en hierro, que puede alcanzar entre 1,60 y 2,30 m de longitud, por constituir ajuar diferencial con respecto al Duero medio, relativamente bien representado en esta zona vettona. A los seis o siete ejemplares de El Raso de Candeleda¹³² debe sumarse un único hallazgo en la tumba 100, zona VI, de La Osera¹³³, alcanzando representación también en la necrópolis alcacereña, con seis ejemplares, y una pareja más en la de Herdade das Casas y castro de Capote¹³⁴. En cuanto a la cronología, parece que las de las tres primeras localidades han de

¹²⁸ W. S. KURTZ, *La necrópolis de Las Cogotas*, pp. 32-36.

¹²⁹ El contenido simbólico de los elementos incluidos en dicha sepultura queda bien de manifiesto en la propia miniaturización de los objetos, desprovistos, por tanto, de un valor estrictamente funcional, viniendo a representar, a nuestro juicio, valores vinculados al estamento guerrero, de tal forma que aun careciendo de elementos de panoplia estrictos, la presencia de objetos relacionados con el fuego —la parrillita indiscutiblemente, y el cuchillo de carnicería, compartiendo ambos una similar estética de barras torsionadas— y con el aseo personal —*forfex* y pinzas (¿de depilar?)—, al tiempo que un pendiente —al respecto véase J. CABRÉ AGUILÓ, «Guerreros indígenas», delatarían dicha condición. Convergencia de símbolos que también creemos ver expresada en conjuntos como el de la tumba 2, sector N50 de Palenzuela (R. MARTÍN VALLS, «Prehistoria palentina», fig. 12).

¹³⁰ F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*, pp. 805-806.

¹³¹ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, p. 186.

¹³² F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*, p. 797.

¹³³ J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*, p. 185.

¹³⁴ L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*, p. 154.

encajarse entre principios del IV y los finales del mismo o inicios del III a. de C., mientras que en los dos últimos yacimientos alcanzarían el final del III a. de C., perduración que en nada extraña habida cuenta de la referencia explícita de las fuentes clásicas a este tipo de arma. Los estudios más recientes¹³⁵ permiten defender con bases seguras que el modelo se gestó a lo largo del siglo VI a. de C. en el Sur de Francia y que desde allí penetró tempranamente tanto hacia el Sureste peninsular, como hacia la Meseta oriental, acompañado de otros modelos de espadas, alcanzando gran éxito en el mundo ibérico a lo largo de los siglos IV y III a. de C. Así, los ejemplares vettones podrían haberse recibido indistintamente desde ámbitos ibéricos o celtibéricos.

d) Armas defensivas.

Para terminar, nos referiremos a las armas defensivas, básicamente a los discos-coraza y escudos, únicos que encuentran representación en el registro arqueológico¹³⁶. En cuanto a los primeros, sólo la tumba 350, zona VI, de La Osera ha proporcionado evidencias al respecto. Se trata de dos grandes discos de hierro de 26 cm de diámetro, a los que acompañan una serie de placas circulares y rectangulares de bronce damasquinadas en plata, incluyendo algunas escenas figurativas de un águila devorando un pájaro. La existencia de una réplica casi exacta de disco-coraza en la tumba 120 de la necrópolis de El Cabe-cico del Tesoro, datable en la primera mitad del siglo IV a. de C.¹³⁷, permite considerar sin reservas la pieza abulense como importada desde el área ibérica, y el sistema de protección, en general, como de procedencia itálica¹³⁸.

Los escudos, por su parte, presentan aquí similares problemas a los planteados para el Duero medio, si bien comparativamente se observa también para este elemento una mayor riqueza tipológica.

Uno de los modelos más antiguos, y aparentemente de menor perduración, es el incluido como tipo Aguilar de Anguita, variantes A y B, dentro de la fase primera del estudio de la *caetra* realizado por Cabré¹³⁹ o, en términos más generales, definible también como *caetra* de umbo radial (fig. 5C, nº 15, p. 117). Se trata de un modelo inspirado o derivado de los grandes umbos de lámina broncea de distribución meseteña oriental (Alpanseque, Aguilar de Anguita y Griegos), aunque realizado ya en hierro, que presenta un cuerpo troncocónico sobre cuya base menor se inscribe una cruz griega, atravesada en su centro por un largo remache que facilitaría la sujeción del mismo a la estructura de

¹³⁵ F. QUESADA SANZ, «*Soliferrea*».

¹³⁶ El supuesto casco de la tumba 201, zona III de La Osera (J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos», p. 41), debe ser en realidad un caldero, como propone W. S. KURTZ («Material», p. 52), quien, sin embargo, no llegó a establecer la relación del mismo con el gancho de carne, posteriormente valorada (G. DELIBES DE CASTRO *et alii*, «Nuevos “ganchos de carne”», pp. 424-426).

¹³⁷ F. QUESADA SANZ, *Armamento, guerra y sociedad*, t. II, p. 75.

¹³⁸ W. S. KURTZ, «La coraza metálica». Sobre el carácter dual, guerrero-sacerdotal, atribuido recientemente para este conjunto de La Osera (I. BAQUEDANO BELTRÁN, «Elementos», pp. 283-284), creemos que el segundo de ellos huelga: *vid.* notas 19 y 20.

¹³⁹ J. CABRÉ AGUILÓ, «La *caetra* y el *scutum*», pp. 61-63.

madera o cuero, y del que arrancan un número variable de radios. La realización de dicha cruz en técnica incisa o calada, así como la terminación de los radios en círculo o en forma apuntada, constituyen los rasgos básicos para definir ambas variantes, pero es evidente que a esta dualidad escapan ejemplares de descubrimiento más reciente; así, el número de radios oscilan ente 12, 18 o 25, pudiendo presentar remates circulares o mixtos —circulares-romboidales alternos—, detectándose incluso umbos hemisféricos como el de la tumba 64 de El Raso¹⁴⁰. En cualquier caso, parece que estos modelos, como el inspirador, estuvieron dotados de manilla de cuero o similar, habiéndose conservado de su estructura exclusivamente unas piezas gemelas de anclaje.

En total se contabilizan cinco ejemplares en El Raso de Candeleda, más otros seis en La Osera, siendo desconocido el tipo en Las Cogotas. Este hecho, unido a las asociaciones materiales que proporcionan —espadas tipo Aguilar de Anguita en tumba 228, zona VI de La Osera, o tumba 67 de El Raso de Candeleda, espadas cortas de frontón o falcata—, orientan un marco cronológico de vigencia que, partiendo de los comedios del v a. de C., no parece que rebasara el siglo IV a. de C., o, como mucho, los inicios del III a. de C.

Mucho más abundante parece un tipo de escudo circular, posiblemente carente de umbo metálico, conocido sobre todo por su empuñadura en hierro o manilla de aletas ibéricas (fig. 5C, n° 20, p. 117), del que se han recogido en La Osera un total de 87 piezas, estando asimismo documentada su presencia en las necrópolis de El Raso de Candeleda —en la tumba 13 asociado a un umbo hemisférico de hierro (fig. 5C, n° 16)— y Las Cogotas, ambas con dos piezas; más hacia el sur se recogen un ejemplar en la necrópolis de Alcántara y otro en la de Alcácer do Sal.

Su abundancia en el área vettona, frente a su rareza en la Meseta oriental, obliga a cuestionar la correspondencia establecida por Cabré para este modelo con la *caetra* de los celtíberos, dentro de su fase segunda¹⁴¹; más bien parece tratarse de un modelo recibido del Sureste peninsular, donde yacimientos como El Cabecico del Tesoro o El Cigarralejo cuentan con un volumen importante de tales hallazgos, resultando concordante el hecho de no acompañarse de umbos metálicos¹⁴².

Manillas de mayor simplicidad, derivadas, según Cabré, del modelo anterior, y consideradas en este sentido como «variantes A y B de la *caetra* de los celti-

¹⁴⁰ F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*, fig. 429.5.

¹⁴¹ J. CABRÉ AGUILÓ, «La *caetra* y el *scutum*», pp. 65-66.

¹⁴² Los problemas a la propuesta de CABRÉ «La *caetra* y el *scutum*» se multiplican considerando además tanto las dimensiones propuestas, entre 27 y 39 cm de longitud, ya que existen piezas que superan ampliamente estos valores —v.g. manilla de la tumba 394, zona VI de La Osera—, como la reconstrucción esbozada (*ibid.*, lám. X) en la que las aletas aparecen ligeramente oblicuas con respecto a la empuñadura, dentro de la idea de una *caetra* celtibérica convexa al exterior, mientras que en los ejemplares ibéricos ambas partes resultan totalmente rectas, en correspondencia con escudos planos (F. QUESADA SANZ, *Armamento, guerra y sociedad*, p. 15). Detalles como este último, de encontrar confirmación en la revisión que del material de La Osera se está realizando actualmente, podrían traducir adaptaciones locales del modelo original.

beros», dentro de su fase segunda¹⁴³, se documentan también en los cementerios de La Osera y Las Cogotas. Se trata de tiras metálicas estrechas, con ligero incurvamiento medial para facilitar su aprehensión, entre los que distinguimos básicamente tres variedades: aquéllas de larga cinta rectangular de extremos rectos que incluyen cuatro remaches, dos de cabeza hemisférica con el fin exclusivo de fijar la manilla al soporte orgánico, y otros dos, los más externos, con pasador que, además de contribuir a la anterior función, sirven para engarzar la anilla por la que pasar la correa de suspensión (fig. 5C, n° 21, p. 117). Un segundo modelo, más infrecuente, es el aparecido en la tumba 509, zona VI de La Osera, estrecho en su zona central y progresivamente abierto hacia los extremos, también rectos, que incluyen, como en el modelo anterior, idéntico sistema de anclaje y suspensión (fig. 5C, n° 22); tal vez al mismo perteneciera la pieza de la tumba 242 de la necrópolis de Las Cogotas partida en dos (¿por fragmentación?). Finalmente, el tercer tipo de manilla resulta de mayor simplicidad, al realizar anclaje y suspensión de correas sólo mediante dos presillas situadas en extremos rematados en círculo (fig. 5C, n° 23); conocemos un ejemplar suelto en la necrópolis de Las Cogotas.

Parece probable que tales manillas se correspondieran, como en el caso de las de aletas ibéricas, con escudos carentes de umbos metálicos; los paralelos de la última de las variantes mencionadas en La Mercadera o Gormaz así parecen indicarlo; sin embargo, la primera compareció en la tumba 1297, zona V, de La Osera, junto a un umbo metálico de cúpula, sujeto mediante cuatro remaches situados en la solapa y un quinto en la parte central —que recuerda el sistema empleado en los umbos radiales—. Tal tipo de umbo, aunque carente ya del susodicho quinto remache, transformado ahora en un botón coherente (fig. 5C, n° 17), se documenta también en las tumbas 1359 y 605 de Las Cogotas, pareciendo corresponder a la misma variedad vista líneas atrás en la necrópolis de La Hoya.

La cronología de dichas manillas se centraría básicamente en los siglos III-IV a. de C., resultando expresiva de esta baja datación, por ejemplo, su convivencia con puñales de tipo Monte Bernorio de la fase de expansión.

Finalmente, nos referiremos al escudo de tipo Monte Bernorio. La recepción de este arma defensiva en el foco vetton desde el Duero medio se acompañó regularmente del puñal correspondiente, tal y como ponen de manifiesto las tumbas 4, 140 y 487, zona VI, y tumba 201, zona I-II, de La Osera, o las 418 y 288 de Las Cogotas, donde coinciden ambos elementos. Fuera de estos dos cementerios, únicamente sabemos de su presencia —un umbo—, por el momento, en la necrópolis de Alcácer do Sal¹⁴⁴.

Así pues, de manera coherente con lo expresado para los puñales Monte Bernorio, la fase formativa de este modelo de *caetra* no alcanzaría representación en el área vettona.

¹⁴³ J. CABRÉ AGUILÓ, «La *caetra* y el *scutum*», pp. 67-70.

¹⁴⁴ W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*, lám. 107. 2.

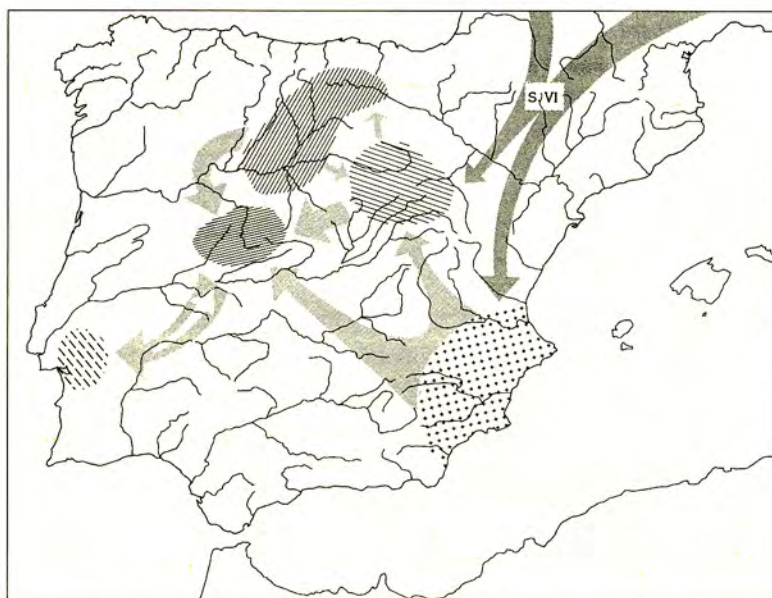


FIG. 6. — Principales áreas culturales citadas en el texto (en diferentes tramas) y sus relaciones atestiguadas a través de la panoplia.

Para terminar este sucinto repaso, no podemos dejar de citar la vinculación de los arreos de caballo, bien documentados tanto en La Osera como en Las Cogotas, a tumbas con armamento de especial relevancia, que vendrían a reforzar la pertenencia a una oligarquía guerrera minoritaria. En cualquier caso, la escasa atención tipológica que tales elementos han recibido hasta el presente, y el exceder su estudio los objetivos del presente trabajo, aconsejan que no entremos en su valoración.

Así pues, del análisis realizado en las páginas precedentes, podemos concluir una clara diferenciación entre las panoplias existentes en las dos áreas culturales estudiadas. La mayor permeabilidad del foco vetton a influjos de diverso signo ha dado como resultado una mayor riqueza de variedades tipológicas presentes en su armamento con respecto al Duero medio - alto Ebro, zona(s) esta(s) que sólo parece(n) alterar su secular tradición armamentística en momentos avanzados, por influjos del oriente de la Meseta; dicha permeabilidad del área vettona incide asimismo en un mayor grado de hibridación tipológica que a la postre dificulta el establecimiento de la secuencia evolutiva de los diferentes tipos.

El ensayo cartográfico de la fig. 6 constituye un primer esbozo de las relaciones atestiguadas por el estudio del armamento de la segunda Edad del Hierro en la Submeseta norte peninsular. Se parte del modelo propuesto por E. Cabré en 1990, por el que metalurgos itinerantes penetrarían en el siglo VI

a. de C., desde Aquitania y Languedoc, hacia la Celtiberia y el Sureste hispanos (flechas de trama más oscura), generando unos centros con productos indiferenciados; las flechas de trama más clara pretenden ilustrar la dirección e intensidad (mayor o menor tamaño de éstas) de las influencias armamentísticas a partir del final del siglo V y hasta el II a. de C.; la flecha en blanco dentro de otra tramada, que conecta el área vettona con el corredor extremeño hasta la zona del Sado, refleja, por su parte, las dudas suscitadas con respecto al origen de materiales como las espadas de tipo Alcácer do Sal.

Es evidente que el progreso en el conocimiento del armamento y de la constitución de las panoplias que caracterizan ambas áreas culturales pasa necesariamente por la valoración de conjuntos parcialmente conocidos o inéditos y asimismo por la obtención de nuevos registros con metodologías modernas.

Los estudios estrictamente tipológicos, que superen las meras descripciones generales, están lejos de haber rendido todos sus frutos; si les acompañamos además de otros contextuales, en los que se valoren las asociaciones establecidas en los conjuntos funerarios, con series extensas y de diversos cementerios, habremos puesto las bases necesarias para progresar no sólo en la comprensión del factor temporal o secuencial de las armas, y por añadidura de las relaciones interculturales, sino también en la definición de las categorías existentes dentro del seno de la clase guerrera, a través de la constitución de la panoplia, aspecto éste para el que en la actualidad apenas si es posible un acercamiento genérico.

En cualquier caso, el estudio del armamento prerromano ha de encajarse en el marco social, político, económico y cultural de las sociedades que lo generaron y, en este sentido, la valoración conjunta de multitud de elementos arqueológicos —producciones cerámicas, bronceas, patrones de asentamiento, rituales funerarios, etc.—, numismáticos, iconográficos, documentales escritos, etc., resulta imprescindible. Esa mirada global permite contemplar esferas de interacción diferentes entre las tres grandes áreas culturales de la Submeseta norte señaladas, que vienen a confirmar los datos proporcionados por la panoplia; en principio parece derivarse una mayor subsidiaridad del occidente vettono con respecto del oriente meseteño, mientras que el Duero medio - alto Ebro muestra cierta autonomía. En este sentido, frente a un modelo celtiberizador de cuño oriental meseteño, homogeneizador de este amplio territorio, creemos necesario progresar en modelos alternativos que concedan mayor margen de influencia a otras zonas como la vettona o la vaccea; esta última, por los nuevos datos aportados y su situación estratégica en pleno centro de la cuenca del Duero, creemos que pudo jugar un papel especialmente relevante en la difusión de ideas y productos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M., y M. TORRES ORTIZ, *Las fibulas de jinete y de caballo. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico - Excma. Diputación de Zaragoza, 1999 (citado M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES ORTIZ, *Las fibulas de jinete*).

- ÁLVAREZ SANCHIS, J. R., «La formación del registro arqueológico: las necrópolis celtibéricas del alto Duero - alto Jalón», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 337-341 (citado J. R. ÁLVAREZ SANCHIS, «La formación del registro»).
- AMO DE LA HERA, M. del, «Una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)», *BSEAA*, 58, 1992, pp. 169-211 (citado M. AMO DE LA HERA, «Una tumba»).
- BAQUEDANO BELTRÁN, I., «Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera (zona II)», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 279-286 (citado I. BAQUEDANO BELTRÁN, «Elementos»).
- «La estadística y su aplicación en Arqueología. El ejemplo de las necrópolis vettonas», *Rev.Arq.*, 176, 1995, pp. 26-37 (citado I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La estadística»).
- BERROCAL-RANGEL, L., *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid, «Serie Complutum Extra» (2), 1992 (citado L. BERROCAL-RANGEL, *Los pueblos célticos*).
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., y M. P. GARCÍA-GELABERT, «Connotaciones meseteñas en la panoplia y ornamentación plasmadas en las esculturas de Porcuna (Jaén)», en *La Edad del Hierro en la Meseta Norte. Actas del Coloquio Internacional (Salamanca, 1984)*, nºs 39-40 de *Zephyrus*, 1986-1987, pp. 411-417 (citado J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y M. P. GARCÍA-GELABERT, «Connotaciones meseteñas»).
- CABRÉ AGUILÓ, J., «Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche (Burgos)», *AEspAA*, 3, 1916, pp. 1-16 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, «Una sepultura de guerrero»).
- «Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del Monte Bernorio», *Revista Arte Español*, 5, 1920, pp. 5-34 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, «Acrópolis y necrópolis»).
- *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Ávila)*, t. I, Madrid, «MJSEA» (110), 1930 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, *Excavaciones*, t. I).
- «Tipología del puñal en la cultura de Las Cogotas», *AEspAA*, 1931, pp. 221-241 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, «Tipología del puñal»).
- *Excavaciones de Las Cogotas, Cardenosa (Ávila)*, t. II: *La necrópolis*, Madrid, «MJSEA» (120), 1932 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, *Excavaciones*, t. II).
- «Guerreros indígenas de la Edad del Hierro, de la Península Ibérica, con pendientes de oro», *Las Ciencias*, 1934, t. I, pp. 353-358 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, «Guerreros indígenas»).
- «La caetra y el scutum en Hispania durante la segunda Edad del Hierro», *BSAA*, 6, 1940, pp. 57-84 (citado J. CABRÉ AGUILÓ, «La caetra y el scutum»).
- CABRÉ AGUILÓ, J., y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos para la cronología del puñal de la cultura de Las Cogotas», *AEspAA*, 25, 1933, pp. 37-45 (citado J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Datos»).

- «Las espadas de antenas tipo Alcácer do Sal y su evolución en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)», en *Homenagem a Martins Sarmiento*, Guimarães, 1933, pp. 85-90 (citado J. CABRÉ AGUILÓ y M. E. CABRÉ HERREROS, «Las espadas»).
- CABRÉ AGUILÓ, J., M. E. CABRÉ DE MORÁN y A. MOLINERO PÉREZ, *El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, *AAH*, 5, 1950 (citado J. CABRÉ AGUILÓ *et alii*, *El castro*).
- CABRÉ DE MORÁN, M. E., «Espadas y puñales de las necrópolis celtibéricas», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtiberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 205-224 (citado M. E. CABRÉ DE MORÁN, «Espadas y puñales»).
- CABRÉ DE MORÁN, M. E., y M. I. BAQUEDANO BELTRÁN, «La guerra y el armamento», en *Los celtas en la Península Ibérica*, número monográfico de *RevArg*, 1991, pp. 58-71.
- CABRÉ DE MORÁN, M. E., y J. A. MORÁN CABRÉ, «Aportación al estudio tipológico de las espadas "Alcácer do Sal". Una nueva serie descubierta en la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)», en *XV CNA (Lugo, 1977)*, Zaragoza, 1979, pp. 763-775 (citado M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Aportación»).
- «Cabré y la arqueología céltica meseteña del Hierro II», en *Juan Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de homenaje*, Zaragoza, 1984, pp. 65-78 (citado M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Cabré y la arqueología»).
- «Notas para el estudio de las espadas de tipo Arcóbriga», en *Juan Cabré Aguiló (1882-1982). Encuentro de homenaje*, Zaragoza, 1984, pp. 151-162 (citado M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Notas»).
- «Pinzas ibéricas caladas "tipo Cigarralejo" en la necrópolis de La Osera (Ávila)», *Verdolay*, 2, 1990, pp. 77-80 (citado M. E. CABRÉ DE MORÁN y J. A. MORÁN CABRÉ, «Pinzas ibéricas»).
- CAMPANO LORENZO, A., y C. SANZ MÍNGUEZ, «Fíbulas de doble resorte de puente en cruz», *BSEAA*, 55, 1989, pp. 61-78 (citado A. CAMPANO LORENZO y C. SANZ MÍNGUEZ, «Fíbulas»).
- CASTRO GARCÍA, L., *La necrópolis de Pallantia*, Palencia, 1971.
- DELIBES DE CASTRO, G., J. FERNÁNDEZ MANZANO y J. CELIS SÁNCHEZ, «Nuevos "ganchos de carne" protohistóricos de la Península Ibérica», *Tàbona*, 8, 1992-93, pp. 417-434 (citado G. DELIBES DE CASTRO *et alii*, «Nuevos "ganchos de carne"»).
- ESCUDERO NAVARRO, Z., «Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de "El Soto de Medinilla" (Valladolid)», en G. DELIBES DE CASTRO, F. ROMERO CARNICERO y A. MORALES MUÑOZ (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. de C. en el Duero medio*, Valladolid, 1995, pp. 179-217 (citado Z. ESCUDERO NAVARRO, «Nuevos estudios»).

- ESTEBAN ORTEGA, J., J. L. SÁNCHEZ ABAL y J. M. FERNÁNDEZ CORRRALES, *La necrópolis del Castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*, Cáceres, 1988 (citado J. ESTEBAN ORTEGA *et alii*, *La necrópolis*).
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda* (2 vols.), Ávila, 1986 (citado F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, *Excavaciones arqueológicas*).
- «Objetos de origen exótico en el Raso de Candeleda (Ávila)», *TP*, 29, 1972, pp. 271-294 (citado F. FERNÁNDEZ GÓMEZ, «Objetos»).
- FILLOY NIEVA, I., «Tahalíes y otros elementos de anclaje en la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia, Álava)», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtiberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 241-246 (citado I. FILLOY NIEVA, «Tahalíes»).
- FILLOY NIEVA, I., y E. GIL ZUBILLAGA, «Las armas de las necrópolis celtibéricas de Carasta y La Hoya (Álava, España). Tipología de sus puñales y prototipos del pugio», en M. FEUGÈRE (ed.), *L'équipement militaire et l'armement de la République (IV^e-I^{er} s. av. J.-C.) Proceedings of the tenth international Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 26-28 September 1996)*, Oxford, «Roman Military Equipment Studies» (8), 1999, pp. 137-150 (citado I. FILLOY NIEVA y E. GIL ZUBILLAGA, «Las armas»).
- GARCÍA-SOTO, E., «Tumbas con puñales de tipo Monte Bernorio en la necrópolis celtibérica de San Martín de Ucero», en *Homenaje a D. Teógenes Ortega Frías. Actas del II Simposium de Arqueología Soriana (Soria, 1989)*, Soria, 1992, t. I, pp. 367-388 (citado E. GARCÍA-SOTO, «Tumbas con puñales»).
- GIL FARRÉS, O., «Armas posthallstáticas del siglo III a. de J. C.», *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 19-22, 1958-1961, pp. 14-16 (citado O. GIL FARRÉS, «Armas posthallstáticas»).
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., y M. A. GARCÍA GUINEA, *Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander*, Madrid, 1963 (citado J. GONZÁLEZ ECHEGARAY y M. A. GARCÍA GUINEA, *Museo Provincial*).
- GRIÑÓ FRONTERA, B. de, *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero* (2 vol.), Oxford, BAR, «International Series» (504), 1989 (citado B. GRIÑÓ FRONTERA, *Los puñales*).
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., «Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)», en *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*, Mérida, «Extremadura Arqueológica» (2), 1991, pp. 255-267 (citado F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «Las necrópolis de Villasviejas»).
- «La necrópolis de El Romazal, Plasenzuela (Cáceres)», en J. MANGAS y J. ALVAR (eds.), *Homenaje a José María Blázquez* (6 vols.), Madrid, 1994, t. II, pp. 257-270 (citado F. HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, «La necrópolis de El Romazal»).
- KURTZ, W. S., *La necrópolis de Las Cogotas*, t. I: *Ajuares*, Oxford, BAR, «International Series» (344), 1987 (citado W. S. KURTZ, *La necrópolis de Las Cogotas*).

- «Material relacionado con el fuego aparecido en las necrópolis de Las Cogotas y de La Osera», *BAEAA*, 16, 1982, pp. 52-53 (citado W. S. KURTZ, «Material»).
- «La coraza metálica en la Europa protohistórica», *BAEAA*, 21, 1985, pp. 13-23 (citado W. S. KURTZ, «La coraza metálica»).
- LLANOS ORTIZ, A., «Necrópolis del alto Ebro», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtiberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 137-147 (citado A. LLANOS ORTIZ, «Necrópolis del alto Ebro»).
- LORENZ, H., «Associations d'armes dans les sépultures de La Tène ancienne en Europe de l'Ouest. Un reflet de l'armement?», en *Actes du VIII^e colloque sur l'âge du fer*, suplemento n° 1 de la revista *Aquitania*, 1986, pp. 281-284 (citado H. LORENZ, «Associations d'armes»).
- LORRIO ALVARADO, A., «La evolución de la panoplia celtibérica», *MDAI(M)*, 35, 1994, pp. 212-257 (citado A. LORRIO ALVARADO, «La evolución de la panoplia»).
- MARTÍN VALLS, R., «Prehistoria palentina», en J. GONZÁLEZ (dir.), *Historia de Palencia*, t. I: *Edades Antigua y Media*, Palencia, 1984, pp. 169-175.
- «Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas», en *Historia de Castilla y León*, t. I: *La Prehistoria del valle del Duero*, Valladolid, 1985, pp. 104-131 (citado R. MARTÍN VALLS, «Segunda Edad del Hierro»).
- MARTÍN VALLS, R., y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución de la cultura celtibérica», en M. ALMAGRO GORBEA y G. RUIZ ZAPATERO (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense (Madrid, 13-15 de diciembre de 1989)*, en el n° 2-3 de la revista *Complutum*, 1992, pp. 259-279 (citado R. MARTÍN VALLS y A. ESPARZA ARROYO, «Génesis y evolución»).
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, C., «El armamento celtibérico en la necrópolis de Carratiermes», en *Homenaje a D. Teógenes Ortego Frías. Actas del II Simposium de Arqueología Soriana (Soria, 1989)*, Soria, 1992, t. I, pp. 559-570 (citado C. MARTÍNEZ MARTÍNEZ, «El armamento de Carratiermes»).
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., *Prehistoria burgalesa*, 1923 (inédito).
- MOLINERO PÉREZ, A., «Una necrópolis del hierro céltico en Cuéllar (Segovia)», en *II CNA (Madrid, 1951)*, Zaragoza, 1952, pp. 337-354 (citado A. MOLINERO PÉREZ, «Una necrópolis del hierro»).
- *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, Madrid, «EAE» (72), 1971 (citado A. MOLINERO PÉREZ, *Aportaciones*).
- MONTEVERDE, J. L., «Los castros de Lara (Burgos)», *Zephyrus*, 9, 1958, pp. 191-199 (citado J. L. MONTEVERDE, «Los castros»).
- MORÁN BARDÓN, C., *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berruoco*, Madrid, «MJSEA» (63), 1924 (citado C. MORÁN BARDÓN, *Excavaciones Arqueológicas*).

- QUESADA SANZ, F., *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro» [Murcia, España]*, (2 vol.), Oxford, BAR, «International Series» (502), 1989 (citado F. QUESADA SANZ, *Armamento, guerra y sociedad*).
- *Arma y símbolo. La falcata ibérica*, Alicante, 1992 (citado F. QUESADA SANZ, *Arma y símbolo*).
- «Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 231-240 (citado F. QUESADA SANZ, «Armamento»).
- «Soliferrea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica», *TP*, 50, 1993, pp. 159-183 (citado F. QUESADA SANZ, «Soliferrea»).
- RUIZ-ZAPATERO, G., y A. LORRIO ALVARADO, «La muerte en el Norte peninsular durante el primer milenio a. de C.», en R. FÁBREGAS VALCÁRCEL, F. PÉREZ LOSADA y C. FERNÁNDEZ IBÁÑEZ (eds.), *Arqueología da morte na Península Ibérica desde as orixes ata o Medievo. Actas do curso de verán da Universidade de Vigo (Xinzo de Limia, 1994)*, Ginzo de Limia, 1995, pp. 223-248 (citado G. RUIZ-ZAPATERO y A. LORRIO ALVARADO, «La muerte»).
- RUIZ-GÁLVEZ, M. L., «Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 343-347 (citado M. L. RUIZ-GÁLVEZ, «Propuesta»).
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D., e I RUIZ VÉLEZ, «La Edad del Hierro», en A. MONTENEGRO DUQUE (ed.), *Historia de Burgos*, t. I: *Edad Antigua*, Burgos, 1985, pp. 181-220.
- SANTOS VILLASEÑOR, J., «Resumen de la segunda campaña de excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro de La Aldelhueta, Zamora», *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 1988, pp. 225-239 (citado J. SANTOS VILLASEÑOR, «Resumen»).
- SANZ MÍNGUEZ, C., *Los vacceos. Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Salamanca, Junta de Castilla y León - Consejería de Educación y Cultura, «Arqueología en Castilla y León» (6), 1998 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, *Los vacceos*).
- «Variantes del puñal de tipo Monte Bernorio en el valle medio del Duero», *BSEAA*, 52, 1986, pp. 25-46 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Variantes»).
- «Metalistería prerromana en la cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio», *BSEAA*, 56, 1990, pp. 172-187 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Metalistería prerromana»).
- «Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)», en F. BURILLO MOZOTA (ed.), *Necrópolis celtibéricas. Actas del II Simposio sobre los celtíberos (Daroca 1988)*, Zaragoza, 1990, pp. 159-170 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Rituales funerarios»).

- Recensión de *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche. Un arma de la segunda Edad del Hierro en la cuenca del Duero*, obra de B. GRIÑO FRONTERA, *TP*, 47, 1990, pp. 417-420 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, Recensión de *Los puñales*).
 - «Broches tipo Bureba. Tipología, cronología y dispersión», *BSEAA*, 57, 1991, pp. 93-130 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Broches»).
 - «Fíbulas anulares hispánicas con cabecera de puente remachada», *BAEAA*, 32, 1992, pp. 39-42 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Fíbulas anulares»).
 - «Uso del espacio en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid). Cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal», en F. ROMERO CARNICERO, C. SANZ MÍNGUEZ y Z. ESCUDERO NAVARRO (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, 1993, pp. 371-396 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «Uso del espacio»).
 - «La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo», en R. BALBÍN BEHRMANN de y P. BUENO RAMÍREZ (eds.), en *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora, 24-27 septiembre 1996)*, Zamora, Rei Alfonso Henriques, 1999, pp. 249-273 (citado C. SANZ MÍNGUEZ, «La cerámica»).
- SANZ MÍNGUEZ, C., y A. CAMPANO LORENZO, «Hallazgo de cerámica ática en el valle medio del Duero», *BSEAA*, 52, 1987, pp. 178-180 (citado C. SANZ MÍNGUEZ y A. CAMPANO LORENZO, «Hallazgo de cerámica»).
- SANZ MÍNGUEZ, C., Z. ESCUDERO NAVARRO y C. FONTANEDA BERTHET, «Tres piezas de metalistería prerromana en la colección Fontaneda (Castillo de Ampudia, Palencia)», *BSEAA*, LXII, 1996, pp. 79-93 (citado C. SANZ MÍNGUEZ *et alii*, «Tres piezas»).
- SCHÜLE, W., *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Berlín, «Madriider Forschungen» (3), 1969 (citado W. SCHÜLE, *Die Meseta Kulturen*).
- SECO VILLAR, M., y F. TRECEÑO LOSADA, «Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: La Mota, Medina del Campo», en G. DELIBES DE CASTRO, F. ROMERO CARNICERO y A. MORALES MUÑIZ (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. de C. en el Duero medio*, Valladolid, 1995, pp. 221-247 (citado M. SECO VILLAR y F. TRECEÑO LOSADA, «Perfil arqueológico»).
- STARY, P., *Zur eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweise auf der Iberischen Halbinsel*, Berlín, «Madriider Forschungen» (18), 1994 (citado P. STARY, *Zur eisenzeitlichen*).